Annie Ernaux

Lo que ellos dicen o nada

CABARET VOLTAIRE

LO QUE ELLOS DICEN O NADA

ANNIE ERNAUX

Premio Nobel de Literatura 2022

LO QUE ELLOS DICEN O NADA

TRADUCCIÓN
LYDIA VÁZQUEZ JIMÉNEZ

CABARET VOLTAIRE

2024

PRIMERA EDICIÓN *mayo* 2024
TÍTULO ORIGINAL *Ce qu'ils disent ou rien*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©1977 Éditions Gallimard
©de la traducción, 2024 Lydia Vázquez Jiménez
©de esta edición, 2024 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: FA
ISBN-13: 978-84-19047-77-9
PRODUCCIÓN DEL EPUB: booqlab

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

Esta obra ha recibido una ayuda a la
edición de la Comunidad de Madrid

FOTOGRAFÍAS
Cubierta: *Zwei Liebespaare* (Dos parejas), 1966 ©Gerhard Richter
Guarda: Annie Ernaux, 1977 ©Sophie Bassouls

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LO QUE ELLOS DICEN O NADA

A los granujillas de Éric y David

A veces siento que tengo secretos. En realidad no son secretos, simplemente no quiero hablar de ello, y además estas cosas no se pueden contar a nadie, demasiado raras. Céline sale con un tipo del instituto, del último curso de bachillerato, él la espera en una esquina de Correos a las cuatro de la tarde; al menos ella sí que tiene un secreto de verdad. Yo, si fuera ella, ni me escondería. Pero lo mío es un sinsentido. Solo de pensarlo me siento pesada como una babosa, me gustaría quedarme dormida y despertarme cuando lo entienda todo mejor, tal vez a los dieciocho o veinte años. Tiene que llegar un día en que todo se aclare y encaje, en que lo único que tenga que hacer sea caminar tranquila, de frente, casada, con dos hijos y un trabajo decente; cuéntanos tus sueños para el futuro, un tema para una redacción, saqué buena nota. El futuro…, cuando pienso en todos los años que voy a pasar entre libros, siento un gran hueco en la cabeza, todas esas cosas que aún no sé y que un día deberé escribir y decir. De pequeña me metía en la cama hasta el fondo, adrede, y todo estaba oscuro y calentito. Ahora es igual. Sin embargo, el año pasado solo pensaba en salir del cole y entrar en el insti, es verdad que los profes nos amedrentaban; esas notas, justitas, muy justitas… Lo dicen como quien no quiere la cosa, tranquila y educadamente, pero significa sois un desastre en Mates, vais a palmar en la reválida elemental, solo tenéis que ser un poco más espabilados, no es culpa nuestra. En casa, la otra refunfuñaba, ¡un cuatro en Matemáticas! ¡Te habrás herniado! Si te lo propusieras, le cogerías el tranquillo. ¿O es que quieres acabar en una fábrica? Sé que tiene razón, que, si no hubiera aprobado, no habría entrado en el instituto y me tocaría currar. Aunque cuando en marzo me estuvo dando la lata a cuenta de la orientación escolar, no me gustó, habría preferido que me dejara en paz. Ahora está más tranquila, ya no me queda más remedio que seguir estudiando hasta la reválida superior. No le he aclarado que, si no apruebas quinto de bachillerato, te pueden echar del insti o mandarte a FP, se pasaría el año tocándome las narices. Ellos solo tienen el certificado elemental, pero son mil veces más cargantes que los padres de Céline, que son ingenieros o algo así; es verdad que ellos no necesitan gritar, son el ejemplo mismo del éxito, mientras que, para los míos, que son obreros, tengo que ser lo que digan, no lo que son. No sé si llegaré a ser maestra, ni siquiera sé si sigue apeteciéndome. Y él me tiene harta, siempre mirándome con cara de preocupación, ¡te vas a volver loca a fuerza de leer libros todo el tiempo! La lectura no es su fuerte, solo algún que otro periódico, el *Paris-Normandie*, un poco de *France Soir*. A veces, cuando se abstrae, mueve los labios al leer. Tal vez tenga razón, estudiar es muy duro. A principio de curso pensaba que me centraría en los trabajos, en el insti; en mi clase solo conocía a Céline y a un chico de catorce años, inofensivo. Pues de

centrarme nada de nada. Me he quedado sin ideas para la redacción de Francés. La profe me echa en cara que soy caótica. En el primer trabajo escribió el tema era bueno, pero te falta esto y aquello; vamos, que había algo que no iba; mejor dicho, que hay algo que no va, nunca seré capaz de abordar ningún tema como es debido; los tiempos verbales, eso es lo que no va, imposible arreglarlo, cambiar nada. Y si solo fuera en las redacciones en clase de Francés. Me veo cayendo en picado y ni siquiera sé cómo llamar a lo que siento. Enamorarme ¿para qué, si no volveré a verlo?, y todos los chicos me tiran para atrás. A veces tengo miedo, no de acabar en una fábrica —se pasan, mis viejos, seguro que encontraría trabajo en una oficina—, sino de no tener ganas de nada, de ser única en mi especie. No eres como las demás, hay que sudar para sacarte dos palabras, con la cantidad de chicas estupendas que hay por ahí que sabrían apreciar lo que hacemos por ti. Siempre comparándome, pero nunca con las mismas chicas… ¿Por qué las otras son tan seguras? Cuando Céline sube delante de mí para ir a clase de Mates, apenas menea la espalda, solo las nalgas y con un movimiento armonioso, no sé si ya habrá…, mientras la sigo me siento como una pulga, tan flaca y sin grandes tetas como ella. Vaya pintas tengo. Me gustaría retroceder al final del curso pasado, a junio, hacía un calor de mil demonios, mi padre decía, después de ver las noticias, el tiempo tendría que cambiar, debería llover, por los huertos. Ayer me vi reflejada en el escaparate de una zapatería, llovía a cántaros, tenía el pelo hecho un churro, se acabaron las vacaciones. Estoy fea con las gafas. Ya no me las quito nunca, me hacen una pequeña mar-ca a cada lado de la nariz, que no paro de tocarme en clase cuando me aburro como una ostra. Ya no me importan esas marcas. Ella está ahí, mirándome como si nada, cuando salgo para el insti; te sientan bien las gafas, muy bien, te dan un aire más serio. En la familia dicen que parezco una maestra, por lo menos ya tengo las gafas. Empecé a quitármelas en junio, casi al final de curso. Al principio me costó acostumbrarme, no reconocía a la gente de lejos, pasaban en medio de una neblina luminosa, como en una televisión en color mal ajustada. El problema es que no podía saludar porque no estaba segura del todo. No quería que me tomaran por una pirada si me equivocaba de cara. También suponía un problema ignorar así a la gente de mi entorno, todo un drama en casa cuando no saludo a un profe, a personas importantes que conocemos de vista, a algún vecino. ¿A qué edad empieza una a decir hola sin pensarlo? En la escuela primaria era aún peor, me cambiaba de acera porque no podía soportarlo; la señora Bachelot, viverista, detrás de su verja, no me miraba nunca, siempre ahí plantada, más tiesa que un palo; yo decía hola, señora, ella no contestaba y después encima me ponía verde. Me sacó de mis casillas, la bruja aquella, le contó a mi madre que me bajaba de la acera justo antes de llegar a la altura de su casa, pero ¿qué se ha creído su hija, la mocosa esa? Me cayó una buena, los Bachelot son sagrados, millonarios, pero no presumen de ser ricos, a mis padres casi les parece normal que tengan mucha pasta porque

actúan como si no la tuvieran. Me venía bien no ver a la gente, no llevaba nada debajo del vestido de tirantes, ajustado por arriba y escotado. Si ando demasiado deprisa, la tela se me mete entre las piernas y me tira por detrás, se me marca todo. Siempre quieres lo que no te pega ni con cola, por ese precio podrías haber escogido algo más fresco, más de jovencita, con eso vas llamando la atención. Pero era ella la que me dejaba elegir y luego me echaba la bronca. Es verdad, me daba algo de vergüenza ir así, pero tenía que exhibirme, una no puede ir de cría toda la vida. Con las gafas guardadas en el bolso era capaz de salir a la calle hasta en camisón. En caso de tropezarme con mi madre o con mi padre, siempre podría decir que se me habían ensuciado los cristales y que me las había quitado por eso, hay que estar preparada para defenderse. Curiosa impresión, me parecía estar presentando una colección como en la revista *Jours de France*, con un público todo ojos, pero borroso, y, con el sudor que me pegaba los muslos, me costaba caminar con naturalidad cuando pasaba por delante de las terrazas de los cafés de la Place de la Poste, y luego, la llegada al cole, los primeros diez metros en el patio, con todos, las chicas también, mirando para ver si realmente tengo pecho. Yo no bajaba demasiado la vista, habrían pensado que me contemplaba a mí misma encantada, y tardaba un rato en ponerme la bata antes de subir al aula. El año pasado no me habría atrevido, no tenía suficiente delantera, pero este año tocaba la reválida elemental, como si un problema me diera derecho a ser más atrevida. Siempre he pensado que no se pueden tener dos miedos a la vez, el más fuerte gana, y era el examen, claro. De hecho, todo se iba al garete, se seguían controlando las ausencias, pero era inútil. Los profes, vaya lerdos, anotando los nombres de los que ya habían hecho novillos definitivamente. Para mí perdieron puntos del todo en junio, sus amenazas no servían de nada, ni siquiera sabían de qué iba exactamente la reválida, las preguntas les sorprenderían tanto como a nosotros, el curso que viene les repetirían a otros estudiantes lo que nosotros sabíamos ahora, que pueden machacar a los alumnos durante un año, dos como mucho, pero luego nosotros chao, pescao. Y es que nosotros avanzamos, ellos no. Me puse a hojear los libros del curso, nunca más haría esos problemas de Mates que tanto me acobardaban en el cole, se acabaron; me sentí envejecida. La hora de estudio transcurría debajo del tilo, en el patio, a causa del calor. Me habría gustado vivir más tiempo ese mes de junio, y era la primera vez que lo pensaba en serio. Me sentía feliz. Lástima de examen, de repaso, podría haber dedicado más tiempo a todo lo que se avecinaba, disfrutarlo. La perspectiva del examen me cortaba bastante. Yo me decía si suspendo, haré cualquier tontería, me acostaré con un tío, de perdidas al río, siempre tuve miedo de morir antes de probar esa experiencia, no habría merecido la pena vivir hasta entonces, toda la infancia de mierda pensando en ello todo el tiempo y luego, paf, *nothing*. De hecho, si hubiera tenido que morir, en una guerra por ejemplo, me habría tirado al primero que pasara. A los compañeros, o incluso a François, el monitor de sala en

el cole. En caso de guerra, vale, pero ellos no darían abasto, y las hay más guapas que yo. El calor me daba ideas pringosas que me avergonzaría compartir con los demás, pero que no me avergonzaba tener, quizá porque pronto acabaría el cole, y cuando te vas de algún sitio puedes pensar con mayor libertad. Nunca me fijé tanto en el cuerpo de mis amigas, en invierno, y eso con todo el curro que se nos venía encima. Las comparaba conmigo: la gordura, el culo, las piernas, el pelo…, mi cuerpo era una mezcla, era igual de alta que Odile, morena como Céline, el pecho, difícil saberlo con los sujetadores. ¿Qué prefería yo, buenas notas o un cuerpo bonito?, las dos cosas es mucho pedir, no se puede tener todo en la vida, cuando el exterior se desarrolla bien es, seguro, en detrimento de la inteligencia, hasta los profes desconfían de las chavalas que están buenas. En junio, Céline se hacía dos coletas, yo me fijaba en su cuello húmedo, y se apoyaba en la pared con los pies separados, daba cosa verla así, con los vaqueros bien ceñidos en el lugar adecuado. Me recordaba a aquel día en que, en la casa de antes, en la Rue Césarine, escondidas en el trastero, ella, con esa risa suya y sus ojillos rasgados, sentada en una caja de cartón, me enseñó su «eso», como lo llamábamos entre nosotras, que era tan diferente del mío como su risa de la mía. Al ver el interior de sus muslos, con la piel erizada por el frío, entendí mi propio misterio, aquello blando, rosa, que se parecía al interior del pico de las gallinas que mi abuela abría a la fuerza para matarlas con las tijeras. Ya le había crecido el primer vello, ¿cuándo me tocaría a mí…?; oye, júrame que me enseñarás una toallita llena de sangre. Pero esa fue Alberte, no Céline. Ahora ya no nos enseñaríamos ni nuestro «eso» ni nada, ni siquiera la tía Rose lo menciona cuando viene a vernos; simplemente, hoy no puedo ir a la piscina; ¡ah!, vale, sí, estás indispuesta. Sin embargo, la primera vez me habría gustado que las demás se enteraran, los chicos no, claro, pero no hubo ocasión. Me sentía a gusto con las chicas de clase a final de curso. Nos poníamos a tomar el sol, muslo contra muslo, fumábamos detrás de los tilos, como si nada nos separase. Para los profes están las que pillan un poco, mucho, la leche, las que son la releche y las pobrecillas a las que no les da para más. No son esas diferencias las que me importan, sino el descaro, la manera de hablar de algunas y otras cosas indefinibles. Había alguna más concreta; los vestidos, por ejemplo; yo solo tuve uno nuevo en junio, pero al cabo de ocho días todo el mundo se había acostumbrado. Si apruebas, te compraré otro. Yo lo habría querido inmediatamente, cuando aún podía lucirlo, porque luego, en vacaciones, siempre un coñazo, ya no merecería la pena. Las vacaciones también suponen un cambio, cuando empiezan y cuando acaban. Céline tenía que ir a Yugoslavia; después, nos olvidamos y todo vuelve a ser como antes. A mí no me gustaría ir a la costa, como decía una chica, qué costa, ni a Yugoslavia. Aún faltan dos años para acabar de pagar la casa. Diez años para pagar tres habitaciones y un huerto, yo tenía entonces casi ocho años, me parece una eternidad de dinero, y encima aún no es nuestra del todo. Además, en un barrio en el quinto pino

donde no se ve un alma, no como cuando vivíamos en la Rue Césarine, allí estaba Alberte. Mi padre coge las vacaciones en agosto, vamos a ver a la familia, cien kilómetros como mucho, y, si tiran la casa por la ventana, vamos a pasar un día a la orilla del mar. Qué aburrimiento, la playa, eso es solo para la juventud. Por lo que se ve, aún no formo parte de la juventud. Mi madre iría a echar una mano al café La Petite Vitesse tres días a la semana. No quiere que me vaya sola de vacaciones, ¿y adónde, si puede saberse? Habría apostado lo que fuera a que no me pasaría nada interesante en vacaciones. Lo que más me fastidiaba es que iba a tener que aguantar los rapapolvos de mis padres hasta septiembre. Un presentimiento. Durante el curso, no los ves mucho, tienes mil ocasiones de olvidarte de sus sermones: una clase, un rato con una amiga, la gimnasia, pero ahí era imposible escapar. En el patio del colegio las del primer curso se nos echaban encima. Me recordaba entrando en el edificio y, antes, en la escuela primaria, las mismas tardes polvorientas de final de curso, el recreo que no se acaba nunca, las maestras a lo lejos, imágenes de niña pequeña que cada vez me repelían más. Me entraban ganas de soltarles una buena torta a las mocosas esas de primero cuando se acercaban a tocarnos las narices. Mi madre me abrigaba demasiado cuando estaba en primaria, tenía que andar siempre con un montón de ropa debajo del brazo porque me la iba quitando. Las mayores me agarraban de la mano que no tenía ocupada y me decían vente a jugar al pañuelo, pero dónde dejaba yo todo aquello, ojo que no te roben tus cosas, un día la pañuelera empezó a decir mi número todo el tiempo y la del otro bando no paraba de atraparme, así que perdimos por mi culpa y me sentí fatal. Pero pronto cumpliré dieciséis años y eso ya es otra cosa, la verdad.

La mañana del examen de reválida estaba con las piernas estiradas debajo de la mesa, a la espera de la prueba de Mates; la profe, rubia y con una blusa verde, podría ser una dependienta de Monoprix, que me digan la diferencia, pensamientos tontos que se me pasan por la cabeza en el momento menos oportuno y, después, yupi, me puse a escribir sin parar y se me pasó la mañana volando. Céline, detrás de mí, sudaba la gota gorda, pero soplarle las respuestas era demasiado arriesgado y, además, tampoco me apetecía. El día siguiente, dormí hasta mediodía, después no paraba de preguntarme qué me sucedía. Quizá todo empezó ahí. Ellos estaban comiendo, mi padre cortaba el pan despacio, ella no decía nada, notaba que estaba enfadada por mi culpa, por los quebraderos de cabeza que le daba. A mí me la traía al pairo. Podrían haber sido unos extraños. ¿Nos tomas por unos extraños o qué?, ni siquiera nos cuentas cómo te ha ido, ¡tienes que saber si te ha salido bien o no! Pues no. Se pasan cien pueblos, ¿por qué diablos me dan la tabarra así?, que yo sepa el examen lo he tenido yo, no ellos. El mundo me parecía raro. Ella estaba pelando un huevo duro demasiado caliente cogiéndolo con un trapo de cocina que también utiliza como servilleta durante las comidas, así va más rápido. Los tomates salpicados de trocitos de

cebolla me tiraban para atrás. Mi padre puso las noticias de la una, había una conferencia en América, volvía la inflación, continuaba la sequía, se veía venir, a mí todo aquello me parecía insignificante. Lo importante era ese momento, la cocina asfixiante, el motor del frigo que se ponía en marcha de nuevo, mis manos en el hule, las marcas de cuchillo junto a mi plato. Tenía un nudo en la garganta, no por miedo al suspenso, era una birria de examen de reválida sin más, sino por vernos ahí en la mesa y sentir el mundo alrededor como un gran círculo lejos-lejos-lejos y, sin embargo, pegado a mí. Por la tarde fui a la ciudad —siempre decimos eso porque en nuestro barrio no hay tiendas ni nada—, para comprar champú, le dije a mi madre, y es que siempre necesita un motivo para todo. Para forzar al destino, llevé puestas las gafas, diciéndome que así, fea y empollona, seguro que me aprobaban a la primera. Es gracioso, me habría encantado encontrarme con Alberte y decirle que acababa de pasar la reválida. Ella se presentó al examen del certificado elemental con catorce años para hacer luego taquimecanografía y la verdad es que después no nos vimos mucho, tampoco teníamos gran cosa que decirnos. Pensé en ella al pasar por delante de unos viejos urinarios, ese olor a pollo crudo, ese ruido del agua que corre sin parar. ¿Por qué las chicas no podían entrar ahí? Dos pies separados y un pantalón desabrochado nos lo impedían. Tengo ganas, tía, pero qué ganas; menuda era Alberte, hacía como que no se podía aguantar; yo, desde luego, nunca me habría atrevido a meterme sola en un sitio así. Antes de salir, nos asomamos para ver si no pasaba nadie por la acera, los hombres también echan una ojeada antes de abandonar el lugar, fue Alberte quien hizo que me fijara en aquello, siempre tenía un montón de ideas. Pero cuando volvimos a vernos, hace dos años, solo nos dijimos qué tal, ella ya se había puesto a trabajar y puede que también fuera un obstáculo que nos enseñáramos el «toto» de pequeñas. Y me decía que aquellos pensamientos, que nada tenían que ver con la reválida, siempre aparecerían asociados a ese estúpido examen una vez que me dieran las notas. Y luego la farmacia donde me compré el champú, había que ver la cara del dependiente. Yo no pensaba en los chicos. A la vuelta, un trayecto de un kilómetro más o menos, consulté mi propio horóscopo personal, siempre tengo un montón, el de *France Soir* es falso, seguro, lo hacen para todo el mundo, mientras que los míos me los invento yo. Si me cruzaba con tres coches blancos, me aprobarían sin necesidad de pasar el oral. Pero no recuerdo si los coches decretaron o no que aprobaría el examen. No tenía ganas de volver a casa. Me tomé un café con leche en la cocina, en las redacciones pongo un chocolate bien calentito porque queda mejor. No echaban nada en la tele; además, si me ponía a verla, seguro que ella empezaba a soltarme el rollo de que me había pasado el año delante de la tele, así que no le extrañaba que tal y que cual. En mi cuarto, volví a sentir esa impresión extraña. Había cogido el *Femmes d'aujourd'hui* de mi madre, pero no conseguía concentrarme. Frente a mi cama, la cortina roja de cretona con las mariquitas gigantes, corrida a causa del

calor, daba una sombra coloreada. Hacia media tarde mi madre se puso a coser en el cuarto de estar, yo oía cómo rebuscaba en su costurero, la matraca de las agujas, de los viejos dedales y de los botones mezclados con los carretes de hilo, un ruido sordo pero constante que se me metía en los oídos y que me hacía pensar en la vejez y la muerte. Los últimos días en el cole me parecían lejanos, y no veía nada en el horizonte. Es extraño un cuarto en penumbra en verano. Hacía más de seis meses que me lo tenía prohibido, pero era un día aciago, así que me daba completamente igual acabar de fastidiarlo. La primera vez fue el año pasado, luego no me atrevía a mirar a mi madre ni a nadie, seguro que se daban cuenta, y eso no estaba permitido a las chicas normales. Una mirada límpida y frontal, decía la maestra de primaria, no tener nada que ocultar. Qué suplicio. Seis meses, pero cuando me acordé ya era demasiado tarde, mi mano desprendía un aroma dulzón a hojas medio marchitas. Por una vez, no sentí mucha vergüenza, se fundía con el resto del día, en el que lo único destacable fueron aquellas mariquitas gigantes. Era algo que no tenía nada que ver con mis padres. Por eso también estaba bien, yo era rara y punto. La gata arañó la puerta. Se quedó ronroneando en mi almohada hasta la noche. Me gustaba mucho, negra de arriba abajo y con los ojos verdes. No recuerdo si pensé de verdad que me acostaría con un chico si me suspendían.

Aprobé, y con buena nota, según me dijeron los profes. A mi padre se le saltaban las lágrimas por la noche cuando volvió del trabajo y, sobre todo, al día siguiente, al ver mi nombre en el periódico y no el de la hija de Dubourg, el dentista, que la cagó en el escrito. No quise decirle que la reválida era una mierda que no valía para nada a la hora de buscar curro, no quería chafarle ese momento de orgullo. Ella dijo, encogiéndose de hombros, por suerte el dinero no lo da todo, la inteligencia brota donde quiere. Yo quise precisar que hay sitios donde la semilla no crece mucho; en mi familia, por ejemplo, nadie tiene un curro interesante; el único, mi tío Jean, diseñador industrial. O puede ser que haya inteligencia, pero que no se vea, lo que viene a ser lo mismo; solo en los ojos se nota algo, a veces. Mi madre no perdió la calma, con trabajo se consigue todo, tú te lo merecías. Lo hacía adrede, fastidiarme, la muy aguafiestas, para que no presumiera, para que no se me subiera a la cabeza, todo el verano erre que erre con la misma cantinela, que no se te suba a la cabeza. Solo volvimos a sacar el tema delante de los vecinos y de la familia, les causaba impresión porque ellos o colgaron los estudios o los tuvieron que dejar debido al fracaso escolar. No recuerdo cuánto me duró el gustazo. Me iba de compras a la ciudad, con mi vestido de tirantes y los hombros al aire, y con las gafas en el bolsillo; a la mierda los conocidos con los que me cruzara, quería disfrutar de mi éxito. Pero me habría gustado que ese éxito me abriera las puertas a otras alegrías, no sabía muy bien a cuáles, pero no esas vacaciones. En resumidas cuentas, quería una recompensa. Podrás descansar dos meses y medio, ¿te das cuenta de la suerte que

tienes?, y luego estarás en plena forma para el nuevo curso. Descansar, descansar, solo saben pensar en eso, en no hacer nada, odio esa manía suya de tener que descansar, ¿de dónde se han sacado semejante cosa?, y luego cuando llega el domingo mi padre no sabe qué hacer, aparte de ver la tele, pues vaya un reposo. Ella me prometió que me regalaría un vestido de unos cien francos si aprobaba la reválida, que se notara que era una ocasión especial. ¿Qué te parece si damos una vuelta por las Nouvelles Galeries cuando vayamos a Rouen? El famoso vestido de verano; a veces miro la mancha de hierba, casi borrada, ya sé que no debería. Me parecía un regalo supercursi, y encima enseguida se dio de sí con aquellas gomas elásticas, era evidente que ellos no estaban a la altura, aunque no sé muy bien qué habrían podido regalarme, porque no sabía lo que deseaba exactamente. Una tarde de principios de julio se desató una terrible tormenta, mi padre estaba viendo el Tour de Francia en la televisión, bebiendo su Ricard con mucha agua, porque uno no debe beber cuando trabaja con máquinas, el que empina el codo está jodido. Dejó de llover, abrí la ventana y el olor del barrio mojado invadió mi cuarto, casi frío después de la canícula, era el perfume de las cosas acabadas. Ocho días antes, yo estaba en el aula del examen; cinco días antes, vi mi nombre en los tablones de anuncios con los resultados; quince días antes, tomaba el sol en el patio del cole, no volvería a ver nunca más a algunos compañeros, ni a François, el monitor barbudo. Escribí en el papel pintado junto a mi almohada: Anne, 2 de julio. Empezaba a aburrirme como una ostra, como cada año por esas fechas, pero ya no lo llevaba tan bien, me parecía injusto. Los estudios no se acaban nunca, un auténtico agujero negro, y por una vez que había un paréntesis mayor, hasta el punto de creer que empiezas de cero al entrar en el instituto —otros profes con otras jetas, otros alumnos…—, las vacaciones tendrían que haber supuesto un corte también. Me quedé dando vueltas en la cama, así se me pasaba antes el día, sobre todo gracias a ciertos sueños, un soldado que se parecía a mi primo Daniel, unos brazos que me ceñían como en las novelas. Recordé un truco de Alberte: si contabas trece estrellas durante nueve días —o al revés, no estoy segura—, soñabas con tu futuro marido. Y también estaba el de poner un espejo bajo la almohada el viernes 13; por desgracia, el 13 cayó en martes. Las estrellas me parecían más serias. Me dormí rodeándome la cintura con el brazo, eso podía ayudar. No soñé. Cada mañana, mi padre me despertaba cuando se iba a trabajar y yo me volvía a dormir. Se oye todo de una habitación a otra. Me revolvía en las sábanas a eso de las seis y media, tapándome los oídos para no escuchar todos los ruidos que hacía, bien sonoros, su tos de fumador —escupe, pero escupe de una vez—, el constante repiqueteo en el váter, la cacerola golpeando la cocina, el cajón de las cucharas bajo la mesa, atascado-desatascado; si me destapaba los oídos, me topaba siempre con un ruido y entonces podía saber más o menos cuánto faltaba para que se fuera. Cuando arrancara el coche, volvería a dormirme. Trabajaría hasta la noche con semejante calor; al fin y al

cabo, no se quejaba, incluso parecía estar bastante contento, de hecho, desde que lo ascendieron a capataz, así que no veo por qué debería tener yo remordimientos por quedarme sobando hasta las diez. En mitad del sueño caí en la cuenta de que no sabía mucho de lo que él hacía fuera de casa. Sin embargo, de niña, cuando cogía el autobús para ir a la refinería, me imaginaba que iba a la costa, Le Havre significaba para mí el mar y la bolsa de playa entre los pies una vez al año. Un domingo de excursión, obsequio a los trabajadores de la refinería, vi las verjas, las torres de acero anilladas de negro a intervalos regulares, las minúsculas escaleras para subirse a ellas. Las verjas me recordaban al coro de una iglesia. Tuve miedo de que mi padre se cayera en las cubas que debía medir, en un mar de petróleo, y aquello olía como su ropa. No me cabía duda de que los hombres estaban hechos para sufrir accidentes, beber demasiado y morir; la verdad es que tenía suerte de ser chica. Por esas boberías infantiles tuve la impresión de que antes me interesaba más por él que ahora. Cuéntame cómo era en la granja del abuelo, le preguntaba todas las noches, y una mañana que estaba yo despierta, sin que él se enterase, me puse a contemplar su carne rosada, toda blanca en la base de la espalda, tan extraña comparada con sus manos rojas e hinchadas, y tal era mi curiosidad que dejé de respirar. Esas historias de antes me molestaban. Imágenes planas e inofensivas de él, no necesito más; si encima tuviera que ponerme a indagar en todo eso, en los padres, en su trabajo… Es un obrero que se gana bien la vida, y los obreros hacen falta, lo aprendí en el colegio a los trece años, en un poema de Verhaeren sobre los trabajadores y patatín patatán, mi padre dice que todos somos trabajadores. Yo no me hacía preguntas. Ni pensé nunca en que él tenía esa cosa que tienen todos los hombres, los amigos, los pirados salidos que acechaban a las chicas bajo el viejo puente del ferrocarril, esa cosa que puede verse en los dibujos atroces de los retretes públicos. Prohibido. Haciendo oídos sordos a esa evidencia, solo pensé que ahora me llamaba «la chica», casi nunca Anne, y que no nos hablábamos apenas, salvo por la noche, cuando protestaba porque yo quería dormir con la gata. No hay que acostarse con gatos, no es sano. Todas las noches. Tenía que obedecer. Al final me dejaba en paz. Me despertaba sobre las nueve. La mañana transcurría más o menos bien: peinarme, un cuarto de hora; luego vestirme, media hora; el desayuno, el transistor, todo parece fresco a primera hora. Si ponen una canción de fulanito, quiere decir que pasará algo. O la letra de la siguiente canción describirá mi futuro. Resultaba agotador, y encima siempre acababa haciéndome un lío con las predicciones. El colofón era el encuentro con mi madre en la cocina; ¿has dormido bien?, hoy tampoco va a llover. Cuánto tiempo llevaba sin decirme nada interesante. A principios de julio descubrí que en el fondo no la necesitaba, salvo para comer, dormir y comprarme ropa. No me enseñaba nada nuevo, eso es. Me habría gustado que me contara algo, no sé, que se riera conmigo, libre, desinhibida. A veces hay buenos profes que hablan de la actualidad, y después charlamos y ni siquiera oímos el timbre de

fin de clase. En la tele la gente charla también. En cuanto a las amigas, nos pasaríamos horas y horas cotorreando. Con ella siempre eran las mismas preguntas. ¿Qué vas a hacer esta mañana?; ¡ah!, bueno, ¿has echado el sujetador a la ropa sucia?, así te lo lavo y se seca hoy. De pequeña, me hacía lo mismo. ¿Por qué los hombres que tocan el tambor llevan guantes blancos?; respuesta, es lo suyo; siempre ha sido así, nunca la menor explicación. La primera vez que llegó Andrés, «el que viene una vez al mes», ella no me explicó nada, ya estás hecha toda una mujercita, eso es todo, pero tenía comprado el paquetito en la farmacia, porque no es nada fino cogerlo en el supermercado, según ella. Pero luego no para de darle a la lengua con las vecinas, con los conocidos, pláticas sin el menor interés, que ni siquiera intenta conmigo, igual está esperando a que empiece yo la conversación, como dice ella. No creo que lo consiga nunca, tener una conversación como la suya, quiero decir. Mientras yo le daba vueltas a la cucharilla del café con leche, ella iba y venía, se afanaba, siempre trasteando en la cocina, nunca está lo bastante limpia. Yo aplastaba el azúcar en el borde de la taza porque sabía que eso la sacaba de quicio. La veía humedeciendo mi vestido y planchándolo en la esquina de la mesa, embutida en su bata de cuadros, con el puño dentro del cuenco de agua y extendiendo luego los dedos sobre la tela. Desenchufa la plancha y sigue planchando con el calor residual para ahorrar. Intenta no ensuciártelo tan rápido, que no pones cuidado, mi pobre hijita. El orden ante todo, solo tiene esa palabra en la boca este verano, quizá desde antes, aunque nunca me había dado cuenta. Como los profes; haz el favor de no mezclarlo todo, Anne, clasifica bien tus argumentos. Me parecía estar viéndola en la casa de la Rue Césarine, en esa misma mesa. Yo volvía de la escuela primaria y no sabía dónde poner la mochila el día que salaba la mantequilla que le regalaba el abuelo, sus manos jugueteaban con la masa amarilla, las tiras brillantes se escurrían entre sus dedos y ella amasaba una y otra vez mientras añadía más sal hasta que la superficie se cubría de gotas de agua. Todo terminaba cuando golpeaba dos o tres veces la mantequilla con la palma de la mano. Yo tenía manchas en los cuadernos. Y luego estaban las bragas, las buscábamos por todas partes el lunes por la mañana, poníamos el armario patas arriba; para de llorar, te pones las viejas y ya está, quién se va a dar cuenta. Todas esas cosas perdidas encontradas un mes después detrás de la cocina, llenas de mugre. Y yo jugaba a la pelota en la pared de la cocina. En la casa nueva, se puso a dar voces, pero estás loca o qué, con la pintura nueva. Pensé que el cambio se debía a que dejó de trabajar en la fábrica textil; el progreso social será eso, el orden, lástima que no hubiera ningún progreso en su conversación. Sus comentarios me abrumaban, la escuela no me libraba de ella al cabo del día. Solo la lectura. Me leía todas las *Femmes d'aujourd'hui* de mi madre, las novelas por entregas, sobre todo, *Sandra no amaba a nadie*, títulos como aquel me picaban la curiosidad, aunque fueran historias bastante ñoñas, pero cuando llegaba a los sentimientos y no sabía si

«ellos» se enamorarían o no, ya no podía parar, era más fuerte que yo. Que caigan en los brazos el uno del otro, eso o que se mueran, acabemos de una vez. Después, me sentía terriblemente melancólica y paf, se acabó, fin de la historia, y yo seguía perdida, jodida. Ahora ya no leo nada porque tampoco espero nada. La profe nos dio una lista de libros in-te-re-san-tes de la que yo desconfiaba muchísimo porque no era la primera vez que nos hacían una y todo era un coñazo y luego había que ir a la biblioteca, apuntarse y todo el rollo, o ir a la librería, pero ahí no se podía hojear, siempre te ponen pegas, y en el supermercado o los quioscos solo hay novelas policiacas y Guy des Cars, y la profe está en contra. Me aburría tanto que me lancé y saqué *El extranjero* de la biblioteca. Me metí en el libro y no salí en todo el día. Paraba un momento, miraba a mi alrededor, la habitación me parecía lejana, y no entendía cómo unas palabras podían tener tal efecto en mí. Por la noche mi padre se enfadó, era el 8 o el 9 de julio, día de san Teobaldo, yo consultaba todo el tiempo el santoral. Había tenido echada la persiana de mi cuarto y, cuando entré en el salón, me salieron rayas verdes y rojas en los ojos, pensé en la playa, cuando él mata al árabe. Me habría gustado escribir cosas así, o vivir algo así, pero para poder escribirlo después, para que todo estuviera hecho y fuera fácil de contar, y para que todo el mundo lo supiera. Mi padre estaba cabreado, seguro que te has pasado todo el día delante del televisor, con eso y con tus cantantes de tres al cuarto; estaba excitado, un poco más y me habría parecido…, pero no, nunca más de una o dos copas, y vuelta a empezar, no es por nada, pero no sabes qué hacer con tu cuerpo, con qué entretenerte. Mi madre replicó que él no estaba allí para verlo, pero que yo leía mucho. Normalmente él se calla, pasa de lo que hago, pero ahí juraría que estaba bebido, se desgañitaba, libros, libros, no se puede estar siempre rodeada de libros, no me parece sano, se le va a secar la sesera, ¿por qué no puedes salir a pasear, coger la bici?, no sé. Entonces ella se puso a defenderme; sí, salir a pasear fuera, sin rumbo, menudo consejo; me pareció que ella se encendía, y eso que la lectura tampoco es su fuerte. Son graciosos, quieren que saque buenas notas, los profes dicen que la lectura ayuda, pero tengo la impresión de que mis padres no creen en eso; en los problemas y las lecciones, sí. Se puso como loco, yo a tu edad ya estaba trabajando, no me pasaba las horas delante de un libro. Ella se enfadó, le dijo que razonaba como un borrico, ¿crees que era bueno trabajar a los catorce años, te gustaría ver a tu hija en una fábrica tal vez? Déjala tranquila, que lea, no hace daño a nadie. Cuando discuten sobre mí, siempre me siento incómoda, como si no hablaran de mí, sino de otra Anne, la hijita buena de sus papaítos; en el fondo, se llevan la contraria para nada. Es más, aquella tarde me sentí una farsante, no tenía sentido fingirme inocente, sabía muy bien que leer todo el día era un poco insustancial, hasta sucio, sobre todo ese tipo de libros que te persiguen después, no como las novelas por entregas. La prueba de que la lectura sí es peligrosa, más que la tele, así que tenían razón, y

por eso aquel día, después de leer el libro en cuestión, mis viejos parecían unos payasos, y se lo habría confesado con toda naturalidad si no me hubiera reprimido porque no hay que hablar así a los padres, es demasiado horrible, son tan buena gente, y no tienen mucho dinero, hay que ser comprensivos con ellos, no sé dónde he oído esa chorrada, porque, si piensas así, estás doblemente reprimida. Callarse la boca perpetuamente para no apenarlos. El vestido de tirantes, por ejemplo, no era el que yo había querido en primer lugar, y tuve que agradecérselo a mi madre el triple que otras a sus padres, que les habrían pagado varios sin rechistar…, era totalmente injusto. De todas formas, me atreví a replicar ¿qué otra cosa queréis que haga, aparte de leer o ver la tele? Búscate una amiga para ir juntas a la piscina, no sé. Todas las chicas están de vacaciones. Mentía, Gabrielle Bouvet no, pero no iba a entrar en detalles, lo que cuenta es el conjunto y ella siempre dice que mire por encima de mí, no por debajo, si quiero abrirme camino en la vida. Gabrielle está por debajo, mi madre no la traga porque piensa que es una tipa rara; la amistad está muy bien, pero no vale nada comparada con los riesgos que pueden conllevar ciertas relaciones, dicen. No contestaron, mi padre se hundió de nuevo en su sillón con su Ricard sin mucha agua, y mi madre limpió lo blanco de la cocina, alrededor de los fuegos, con pasadas cortas y rápidas, poniendo esa carita suya con la boca prieta como el culo de una gallina. Más tarde concluyó tú es que lo quieres todo y acabas de aterrizar en este mundo. Esa frase me puso de los nervios, estaba a punto de cumplir dieciséis años, no se daban cuenta. En la cena no dije ni pío. Como ya había terminado *El extranjero*, no sabía qué hacer cuando volví a mi cuarto. Pegué los ojos a la persiana, entreveía la grava de la alameda y algunos trozos de aligustre, me sentía especial y triste. La discusión con mis padres me parecía trivial…, era como si el libro me distanciara de todo. Me senté con las piernas cruzadas en la cama, mirándome en el espejo de mi tocador, al final empecé a hacer muecas, bizqueando; menuda chalada, ten cuidado, te vas a quedar así; ni de broma, es verdad que parecía que me faltaba un tornillo, así que nunca se sabe. Solo existía yo en esa casa. En el cole no siempre congeniamos, pero al menos estamos juntos, da seguridad, es un punto de referencia. Con los padres es imposible tener puntos de referencia. De repente me entró miedo de ser anormal, así que me desnudé con movimientos calculados, lentos, como en las películas, pero cuanto más me aplicaba, más pensaba que lo único que hacía era fardar. Si supieran… Siempre lo he dicho, que los estudios y los libros se te suben a la cabeza, está muy bien sacarse el bachillerato, pero si es a costa de perder la salud…; calla, ¿qué quieres, que sea como nosotros?, ¿a trabajar a los catorce años?, pues te digo que ni hablar. Yo lloraba y lloraba, así me volvía menos loca. Si al menos hubiera podido hablarles del libro que acababa de leer…, pero tampoco les habría parecido normal. Cuando vemos la tele los tres juntos, terminan diciendo ya está bien, solo echan tonterías sin sentido; a la cama, que mañana hay cole. Y él apaga el

televisor. Seguro que los días siguientes fueron así, vuelta a ser como todo el mundo; al fin y al cabo, *El extranjero* solo era literatura, tenían razón, pero me ponía melancólica al sentir cómo se evaporaban los pensamientos extraños que había tenido, pronto me arrepentiría de regresar a la normalidad. Es decir, que vi la tele tres tardes y noches seguidas, publi incluida, porque me aburría. Me acordaba de cuando era pequeña, no teníamos televisión en casa, así que durante las vacaciones hojeaba *Femmes d'aujourd'hui* y me contaba a mí misma historias con los anuncios, construía una casa llena de todos los productos mencionados, tenía un vestido de La Redoute, zapatos de André, y con cada revista la misma operación. Incluso me tragaba grageas para el estreñimiento y solo eliminaba los adhesivos para las dentaduras postizas. Pero no me hacía gracia; me avergonzaba disfrutar viendo los anuncios. Afortunadamente, mi madre empezó a trabajar en el café La Petite Vitesse por las mañanas, tres veces por semana. En cuanto colgaba el bolso en el manillar de la bicicleta, pisaba el pedal y se inclinaba hacia delante, yo, ojo avizor desde la ventana por si se entretenía, temblaba, pero qué pelma, que se vaya ya, uf, luego me invadía una tremenda sensación de libertad, la casa para mí sola, mi padre y mi madre *out*, un sueño. Daba vueltas por las tres habitaciones, salía al huerto, una pena que el recorrido se terminara tan rápido, acababa abriendo los armarios, la nevera, y me atiborraba a galletas y lonchas de embutido, que cortaba al bies para que no se notase. Te vas a poner como un tonel. Me comería todo el pescado que hay en el mar solo por pasar el rato. Lo que habría podido hacer si ellos no hubieran estado ahí…; me imaginaba lo más loco, pero como solo faltaban medio día, era imposible organizar ninguna juerga. Ni siquiera cambiar un mueble de sitio, excepto en mi dormitorio, porque en casa de tus viejos siempre estás de alquiler. Buscaba por todas partes, pero no había secretos ni cartas ni objetos ocultos, solo las nóminas y la libreta de ahorros, eso fue todo lo que encontré, nada interesante, aunque nunca hablen de esas cosas delante de mí. Un día me pregunté si nuestra casa era bonita o no, tampoco estaba tan mal; de todos modos, no podía imaginarme otra. Habría tenido que cambiar de padres. Escuchaba el mismo disco tres o cuatro veces seguidas, porque era el único momento en que podía permitírmelo sin que me hicieran comentarios, ¿qué le ves a esta canción?, estás tonta, hija mía, pero que muy tonta, nunca entenderé qué placer hay en escuchar lo mismo diez veces. Escucharlo una y otra y otra vez para familiarizarse cada vez más, llegando al punto de captar algo, no sé qué, la perfección, nunca la primera vez, la segunda a menudo, y entonces todo se venía abajo y ya no quería oír más esa canción en todo el día. Luego, por la tarde, todos esos coches en la carretera nacional en dirección a Veules-les-Roses, a la playa, me sacaban de quicio, me entraban ganas de destrozarlos. Mucho antes del día que me la encontré, pensé en Gabrielle Bouvet, en cómo hacía las cosas. Imaginaba que tenía amigas en su vivienda de protección oficial. Yo estaba sola. Si me la encontraba en la ciudad, me pararía a

hablar con ella, dos personas pueden hacer que sucedan más cosas, sería más seguro que mis horóscopos, que siempre se equivocaban, por más estrellas que contara y por más espejos que guardara bajo la almohada. Me probaba el vestido de tirantes, me maquillaba, me ajustaba el escote. Estaba cansada de ser yo la única en mirarme. Porque todo sucede fuera, no en casa. Y ella empeñada en retenerme. Me encantaría ir sola a la piscina y encontrarme allí con chicas. Pero ¿no me dijiste que se habían ido?, estarías igual de bien en el huerto tomando el sol en bañador, nadie te vería. Se había olvidado del vecino porque piensa que de niña una no se da cuenta de nada. El tipo me seguía la pista, el viejo sátiro, no tan viejo, esa forma suya de saltar a grandes zancadas sobre las chalotas, de ir parándose luego, poco a poco, y de permanecer inmóvil detrás de las matas de judías verdes, como si escardara siempre el mismo lugar, agazapado. No me puse las gafas, podía alegrarse la vista, como decía mi padre, atroz, mientras yo no viera nada. En la piscina, los mirones parecen menos amenazantes, más autorizados. En este otro caso, me repugnaban los ruiditos de su pala, sus pasos furtivos justo al otro lado de la valla, costaba mucho no imaginármelo, actuar como si nunca hubiera ocurrido; cuando un tipo ha sacado su cacharro, crees que va a volver a hacerlo todo el tiempo, un tic. Me hizo gracia pensar que los padres no sabían realmente cuántos sátiros hay, algunos de los cuales son padres a su vez, siempre me hacía yo la misma pregunta al verlos con sus hijos, ¿también con ellos…? Alberte y yo nos tropezábamos con tantos en el barrio… Los merodeadores empezaban a salir en marzo, con esos ojos extraños como prímulas, con ese brillito fijo, muy corrientes aparte de eso, un poco más precavidos que otros. Su problema era la ropa, se les notaba, Alberte decía ojo, mira a ese…, siempre abrochándose y desabrochándose, hurgando en los bolsillos, detrás de los setos medio pelados con el pretexto de estar podándolos, nivelando un terreno, paseando a un chucho con malas pulgas. Lo ralentizaban todo, pasos y gestos. Qué va a hacer, huele a tierra y a madera quemada, yo me echo a correr hasta que los zapatos resuenan en mi cabeza, y él a lo lejos como un espantapájaros, y yo tan feliz de haber escapado de nuevo, de no haber visto casi nada después de estar a punto de verlo casi todo. Pensaba en Alberte, que no tenía miedo, o igual era porque juntas nos sentíamos más fuertes, o ellos más intimidados, solo decían hola, chavalas, ¿qué tal?; nosotras decíamos hola al perro, perrillo guapo, guapo, dame la patita; él se reía en el otro extremo de la correa, cuidado no se os mee en la pierna, que a este en cuanto le hacen una caricia…, decía con una mirada espantosa. Me habría gustado estar en la piscina, tomar el sol, bañada por la luz natural. Cómo no se enteraba mi madre de que el viejo verde ese estaba en el huerto de al lado. Y, además, aún era más triste ponerte morena y que solo pudieran verte tus viejos.

Un poco antes del 14 de julio, me despertaron unas gárgaras en el cuarto de baño. Supe que era mi padre por la manera violenta de escupir. Inmediatamente

me tapé la cabeza con las mantas, me revolvía, me entra miedo cuando se ponen malos, les cambia la cara, es como si se hubieran vuelto locos. Dios mío, haz que mis padres sigan vivos hasta que me case y tenga dos hijos, así me resultaría menos triste. Casi me ahogo bajo las sábanas, pensaba en un cuadro en mi libro de Historia del curso pasado, con un tipo caído al pie de su cama con las piernas abiertas. No me atrevía a ir a verlo, es ella la que se ocupa de las enfermedades, me venía bien, a mí me daba mucho asco. Iba a ser un mal día, ya tenía bastante con aguantarme a mí misma, y además eso iba a interferir en mi costumbre de tomar el sol. Mi madre dijo que tenía una indigestión, que le había sentado mal el embutido. Había que avisar a Pitilín para la baja, así llamamos a nuestro médico, y eso les hace gracia a mis padres. Se levantó para cenar, aunque estaba todo revuelto y no comió gran cosa; me fastidió porque solo hablaba de su falta de apetito y ni siquiera de una verdadera enfermedad con horribles consecuencias. Menudo numerito por un pedo atravesado. El doctor Louvel, ese viejo mono sobre ruedas, vino por la tarde. Ahora le he cogido miedo, antes solo me molestaba. Va por ahí en un dos caballos, según dicen, nada orgulloso. Lo que me daba asco era lo que pasaba entre él, mi madre y yo. Se colocó la mano a modo de visera sobre los ojos para poner cara de asombro al verme tan alta. Se dirigió a mis padres con un tono de superioridad socarrona y ellos no parecieron darse cuenta. Y yo no sabía qué replicarle, lo que viene a ser lo mismo. Mi madre le dijo ¿sabe que acaba de aprobar la reválida elemental y que el próximo curso irá al instituto?; eso está bien, muy bien, va a hacer de su hija una persona de provecho, ya no la reconocerá. Ella siguió susurrando, siempre susurra con ciertas personas, con gente importante; con nosotros es más bien al contrario, prefiere vociferar. Así que cree que la educación es importante en nuestros tiempos, cuánta razón tiene, mi querida señora. Yo estaba convencida de que Pitilín nos tomaba por tontos. Encima tuvo que auscultarme, después de la fatiga del examen necesitaba un reconstituyente. Ella lo veía darme palmaditas en la espalda, pegar la cabeza bajo mi blusa remangada y presionar a ambos lados del estómago; a pesar del calor, se me ponía la piel de gallina. En qué podía estar pensando ella cuando él ponía los dedos tan abajo que solo se le veía el cráneo y la boca apretada, todo serio porque, si no, parecería un cerdo. Resopló, ¿qué tal funciona la mecánica, baja todos los meses? Yo no sabía quién debía responder, si ella o yo. Ella contestó enseguida todo bien, todo bien; ¿cuántas toallitas?; y ahí ella no tuvo más remedio que dejarme hablar a mí. Siempre la misma cantidad, doctor, completamente normal. Me gustaría ver eso. Los odio, pero no puedes ir cambiando de médico a cada rato. Me dio calcio y a mi padre unos granulados. Cuando llegó la hora de comer, mi padre preguntó qué me pasaba. Cansancio, respondió mi madre. Y punto. Ahora mi salud es un asunto entre ella y yo. Brutalmente, él estalló, puede que demasiado Ricard, Y YO SIN SABER NADA, nadie me cuenta nada, ¡ya está formada y yo sin saberlo! ¡Qué fuerte! Yo me

sentía humillada, quería marcharme. Que mi madre no le hubiera hablado de eso en dos años…, ¿cómo se las había arreglado para esconder las toallitas manchadas en el cesto de la ropa sucia, ella, que no se entera de que, desde hace tres años, rebusco en todas sus cosas? Ella se sonrojó. Él estaba tenso. Qué vergüenza, verlos tan raros entre sí por mi culpa. Pensar que acababa de enterarse, noticia fresca para él, que podría darle vueltas. Se le veía feo, medio borracho, no lo digería. A ella decidí devolvérsela, escondería el paquetito colorado y lo llevaría yo misma al cubo de la basura que hay fuera. No deberías lavarte el pelo si estás indispuesta. Palabra enfermiza que te hace pensar en dolor, en náuseas, y yo me sentía de maravilla. No volvería a contarle nada. Habría preferido estar en un campamento de verano, en cualquier otro sitio. Me llevé a la gata a la cama, pero al cabo de un rato prefirió salir por la ventana, corriendo. No se puede hacer nada para retenerla, sentenció mi padre.

Esa impresión de que me encontré con Gabrielle Bouvet por casualidad en la ciudad y de que nos hicimos más amigas que en el cole; yo no llevaba las gafas puestas, pero íbamos por la misma acera. Prefiero pensar que fue casualidad; si me digo que no había otra chica del colegio en el barrio, que fue por eliminación, eso cambiaría demasiado la óptica, triste para la amistad, y no puede ser. Con esas piernas de ciclista, más renegrida aún que Alberte, nunca he podido ser amiga de las chicas a las que admiraba. En resumidas cuentas, realmente me pregunto qué nos unía. No es fácil entablar una conversación fuera de clase, enseguida caes en temas personales y queda raro. Pasábamos el rato juntas delante de las tiendas, y yo me veía mejor que ella, incluso atractiva; la inteligencia y los resultados escolares parecen secundarios en esas circunstancias. Se nos acercaron unos tipos en motocicleta que conocían a Gabrielle, unos vecinos. No me gustaban mucho, aunque tenían por lo menos dieciocho años. Gabrielle pasó de presentaciones y uno de los tipos me puso la mano en los hombros, toda sudada. Otro no paraba de decir no me jodas y se comportaba como un gilipollas subido a su moto. Yo no estaba muy segura de que aquella fuera la recompensa tan deseada por aprobar la reválida. Nos preguntaron si acudiríamos a la feria de Saint-Pierre el 14 de julio. Muchas de las chicas del cole no ponen un pie allí porque piensan que la feria es supercutre, pero hay que conformarse con lo que sale. Lo calculé todo: autos de choque, caritas pegadas en la caseta de tiro y, a la vuelta, qué calle tiene las tapias más altas, cuál es la menos concurrida, también está el viejo puente del ferrocarril…, pero, por cierto, ¿con cuál de los tres? El 14 de julio llovió a cántaros, era la primera vez que salía de verdad desde el comienzo de las vacaciones. Esperé a que Gabrielle viniera a buscarme, asomada a la ventana para ver cuándo llegaba, lo cual era un poco humillante, así que me puse a leer, la frase que leyera en el momento en que apareciera con su bicicleta sería la

predicción de la tarde. El horóscopo, siempre esa manía mía. Estuve aguardando más de una hora a la muy zorra, y mi madre diciendo tu amiguita te está haciendo esperar. Oía la música a lo lejos, el aire olía a lluvia, y me pareció que mi vida consistiría en eso, en esperar sentada a planes condenados a fracasar. Volví a pensar en *El extranjero*, y eso que yo no había matado a nadie. Acabó llegando, no me atreví a reprocharle el retraso, ella no era lo importante, sino ir a la feria, así que ni hablar de estropearlo. Al principio me daba miedo meterme en esa especie de círculo infernal, no sé qué pensaría Gabrielle, no es algo que se comente, pero los chicos salieron a colación, señal de que la confianza crecía entre nosotras; no hay vuelta de hoja: si no hablamos de chicos y de sexo, no somos realmente amigas. Con Alberte, por ejemplo. Aunque más bien nos distanciamos por culpa de aquello, quizá se arrepintió de haberme contado demasiado. De haberme dejado ver ciertas cosas. Pero ese no era el problema entre Gabrielle y yo en la feria de Saint-Pierre. El problema era que ellos habían pasado de nosotras, al final prefirieron ir a uno de los bailes de la Fiesta Nacional. Yo me sentía decepcionada. Nos colamos en medio de todo el barullo, y decidí que no me quedaría a verlas venir, como dice mi madre, aunque no se refiere a casos como este, claro. Fuimos directamente a los autos de choque, donde estaban todos los chicos, sin necesidad de hablarlo entre nosotras. Yo me habría quedado todo el rato, los chicos nos perseguían, nos golpeaban de lado, los veíamos abalanzarse con unas horribles sonrisas triunfantes en medio de los chasquidos de las barras metálicas y nos golpeaban de lleno, haciendo que casi saltáramos del coche y ellos también de paso. Era ese momento, cuando se acercaban y yo sabía que ya no podíamos evitarlos porque iban muy rápido, el que más me gustaba, y empezaba a chillar antes de tiempo. Después, nos lanzaban miradas lascivas, palabra que nos gustó para ese día, una palabra de libro, y decíamos que todos los hombres eran unos lascivos, y eso nos unió a Gabrielle y a mí. A veces no podíamos despegarnos de un coche y no nos gustaba nada porque perdíamos tiempo y los chicos pensaban que lo hacíamos a propósito, que les íbamos detrás, que nos tenían en el bote. Entonces yo dejaba de mirarlos; al fin y al cabo, eran demasiado feos. Solo me gustaba el choque y luego salir esquivándolos, dejando a esos pringaos parados en el borde de la pista para así pasar a ras de ellos. En cuanto la estridente señal del final del viaje nos rompía los tímpanos, los coches dejaban de avanzar, y con ellos el sueño, y el placer también se frenaba, dos o tres vueltas a la pista antes de recobrarlo. Al cabo de una hora, no me quedaba mucho dinero, tampoco a Gabrielle, a ella aún menos, aunque cuesta hablar de dinero, es cosa de los padres y nunca nos atreveríamos a preguntar cuánto ganan. Seguíamos sin cruzarnos con nadie interesante. De un puesto a otro. El horóscopo para echar unas risas, dos francos, le dimos a la manivela, cayó un papel rosa, había que humedecer un círculo plateado con saliva para ver aparecer a tu futuro novio; el de Gabrielle parecía un presidiario y el mío tenía por lo

menos treinta años. Nos reímos mucho, una risa un poco amarga, vaya adefesios, ese tipo de cosas te dejan un regusto desagradable, aunque pases de creértelo. Y luego la tómbola Superstar, donde no compramos ningún boleto, pero un tipo vestido de negro imitaba a cantantes; llevaba cinco años viniendo a Saint-Pierre y recordé que antes me parecía guapo, mis padres intentaban ganar una botella de vino espumoso o una muñeca. Ya no imitaba a las mismas estrellas, seguía maquillado de rojo alrededor de la boca, casi hasta la nariz, caminaba un poco encorvado y, entre canción y canción, vendía los números. Creí que me reconocía de hacía dos años, cuando me quedé mirándolo fijamente mientras imitaba a Charles Aznavour; Alberte me dijo una cosa terrible, cuando amas a un hombre te comes su mierda. Me avergoncé de mí misma; si mi opinión cambiaba tanto en dos años, ahora no podía hacer nada, ni escoger a nadie, ni siquiera chocar los cinco con ese pobre payaso. Avanzaba la tarde, en la feria solo había gente corriente, divisamos a un solo profe, hacía como si estuviera allí únicamente para ver cómo se divertían los demás, mejor que no hubiera venido, nos abrimos a toda leche. Atajamos entre las *roulottes*, por delante de los cubos de agua, era gracioso, después nos metíamos otra vez en la fiesta porque habíamos estado fuera cinco minutos. Comimos unos buñuelos, unos tipos nos siguieron, ¿están buenos los buñuelos? Yo tengo dos, decía uno, y se partían, ¿los cambiamos? Gabrielle me miró de reojo para ver si lo había entendido, y entonces pensé que podía reírme, que habíamos entendido lo mismo. Volvían a las andadas cada vez que nos llevábamos un buñuelo a la boca. Pero con todas esas marranadas se me quitaban las ganas de ligar y de todo lo demás, ¿acaso hablamos las chicas de lo que llevamos tapado para atraer a los chicos?, y ellos siempre dispuestos a sacar a relucir sus pelotas. Además, al final nos llamaron vacas. Ya estábamos lejos y yo seguía pensando en mi cara, en mis piernas, en ese movimiento que era yo, Anne, un sinsentido. A las cinco habíamos dado por lo menos diez vueltas a la feria, después de gastarnos lo que nos quedaba en los autos de choque para no decir que no habíamos aprovechado la tarde. No sé cómo, pero llegamos a la conclusión de que todos los tíos eran unos callos. Luego toda la gente me pareció fea. El tipo de los labios rojos berreaba en la tómbola Superstar, las mujeres que parecían de mala vida, eso dicen mis padres, bailaban en camiseta. Siempre huele a pis en las ferias, y las canciones tienen un año de desfase, y eso, quieras que no, te descoloca. Me iba poniendo melancólica, pero me gustaba. Extraña sensación al levantar la cabeza hacia el cielo cuando está todo el mundo apretujado; pensé en Dios, no el de las misas y la Virgen del vestido color azul jabón de lavar, sino uno que chorreaba tristeza, que podría no haber existido. Que nos deja solos. Como si yo tampoco tuviera padres. De repente me sentí vieja, ese tipo de impresiones te envejecen porque nunca las has tenido. En ese momento me pareció entender, mucho mejor que con los comentarios de texto del cole, por qué escribe la gente. No quedó más remedio que volver a casa; es terrible dejar la

multitud, los discos, sobre todo cuando vuelves por esos senderos llenos de caravanas. Y *no boyfriend today, my* querida Gabrielle. No iba a llorar por eso, después de todo. Cada vez me llevaba mejor con Gabrielle, y salir, sobre todo salir, era lo más importante. Mi madre me echó una bronca de mil demonios, media hora tarde, no hay jovencitas decentes por ahí a estas horas; me inspeccionó, menos mal que me había puesto las gafas. Si al menos dijera claramente de qué tiene miedo. Jamás. Luego tendría que lavarse la boca con jabón. Mi padre no estaba en casa, así que ella aprovechó para seguir dale que te pego, te dejamos salir y así es como nos lo agradeces. Había que ser padre para pensar que volvíamos a casa a la hora para agradecérselo y no porque nos aburriéramos o nos entrara el canguelo. Ella llevaba puesta la ropa de los domingos, la blusa que nunca se metía por dentro de la falda y con la cremallera siempre bajada. Aquella franja rosa en mitad de la espalda, aquella carne a la vista de todo el mundo era una tortura para mí; que no, boba, decía, que es la combinación, y luego ese gesto tan desagradable de despegarse la falda que se le quedaba enganchada entre las nalgas, por no hablar de aquella tarde, no recuerdo en qué cementerio, agazapada detrás del monumento a los caídos por la patria, mira a ver si viene alguien, ¡menuda riada! Recuerdos feos. Para que yo aceptara sus críticas, mi madre tendría que haber sido perfecta. Pelé patatas con ella para camelarla y que me dejara volver a ver a Gabrielle. El maillot amarillo había vuelto a cambiar de corredor. Se calmó. Miedo al mundo exterior por mí, sí, pero de una manera vaga. No debía de sospechar que si una chica va a la feria, es que quiere ligar. Fue un buen día. En la cena, hablaron de los primos que habían ido a visitar esa tarde, toda la noche comparando; para tener la casa así de bien puesta, seguro que se lo quitan de comer; con lo que ganan, te digo que en ese plan no van a ningún lado. Mi padre estaba de acuerdo. Y la educación del niño les costará un riñón.Pero si valen, hay que darles una buena instrucción a los hijos. Y dale que te pego con lo mismo durante toda la cena, para ellos no hay vacaciones, ni feria, siempre pensando en el trabajo, en los estudios, en el futuro, como si el presente no significara nada. Para el caso, habría sido mejor dar ya un salto hasta el futuro, o encerrarme para asegurarse de que llegaba allí en buen estado. Se me ocurrió que tal vez ese era su sueño, encerrarme, ya que armaban tanto jaleo solo porque llegaba un poco tarde. Al cole y a casa. Al insti y a casa. ¿Y luego qué? Porque aquello podía durar toda la vida. Era curioso verme ahí, con ellos, esa noche, mi madre siempre chismorreando sobre los primos, nunca deberían ir a casa de nadie, vuelven descontentos cuando les parece más bonita que la suya. Verifiqué en el calendario y vi que solo había pasado una quinta parte de las vacaciones. Esa noche me eché a llorar.

El tren olía a café y a asientos de escay, me gustaba el olor del tren en verano,

aunque solo fuera media hora de viaje con mi madre para ir al oculista. Sentada frente a ella, me preguntaba si el día transcurriría sin gritos, porque bastaba una tontería para que pusiera mala cara inmediatamente y todo acabara hasta la noche. No sabía si me alegraba de esa salida, viendo la perspectiva del día, demasiado lleno de compras, y de tener que caminar a su lado, siempre quejándose de lo lenta que ando. Y encima había tenido que ponerme, para que no sospechara, un vestido del año anterior, nada escotado, un poco infantil. Y eso me lo fastidiaría todo. Avanzamos por una calle empedrada, sucia y silenciosa. En la placa, Cochet enfermedades oculares. Llamamos al timbre. No me gusta que nos hagan esperar, quizá lo hagan a propósito. Era una criada vestida de blanco y negro. Tiene usted cita con el médico, con aspecto casi de superioridad y suspicaz, me pregunto por qué. Nos precedió escaleras arriba, tan pulidas en los bordes que me daba miedo pisar fuera de la alfombra. Mi madre intentaba subir con calma, no resbalar, se sentiría fatal, lo hacían adrede, esa era la intención, a ver si lo superábamos sin estrellarnos, y la chacha, con aquella sonrisa de monja que pone las inyecciones, estaba conchabada. La alfombra acababa en la sala de espera y tuvimos que aventurarnos por el parqué, que crujía, resultaba muy molesto, había mucha gente esperando en los sillones. Nosotras también esperamos una hora y media sin decir ni mu, solo suspirando uf, uf de vez en cuando. Hojeé todas las revistas que había en una mesa dorada de patas retorcidas. Se podrían haber amueblado tres habitaciones solo con los trastos que había en aquella sala de espera: armarios tallados, dos vitrinas de estatuas japonesas, al menos tres metros de cortinas de encaje. Me incomodaban aquel silencio y la gente mirándose. Todo estaba muy distante, éramos espectadores de un mundo armonioso, contenido, únicamente espectadores. Para hacerme la graciosa, le susurré a mi madre ¿es igual de bonito en casa de los primos? No, ¿estás loca?, no hay comparación, un especialista así puede tener cosas de muchísimo valor, ¿cuánto puede costar esto?, mi madre andaba perdida, ¿varios cientos de miles?, y, bueno, cállate ya. A ella no le interesaba el precio, solo quedarse boquiabierta admirándolo. Aquí la diferencia no le molestaba, al contrario, seguro que para ella era la prueba de que había elegido a un gran especialista. En cambio, a los primos de Le Havre, que lo único que querían era aparentar, no los tragaba. En el fondo, cuanto mayor era la diferencia, mejor la aceptaba. Había decidido acudir a ese médico porque era famoso, le había salvado la vista a fulano y a mengano. La Virgen de Lourdes no le llegaba a la suela de los zapatos. Salvo que yo solo soy un poco miope, para qué tanto. ¿Nombre? Siéntate ahí. Me plantó en la nariz unas gafas negras atroces, en las que iba colocando a toda leche un montón de cristales, ¿mejor o peor?, contesta; no lo seguía, y se enfadó, ¡deberías saber lo que ves! Contesta al médico, decía mi madre. Era horrible, parecía una niña. Él extendió una receta. Haz caso de lo que dice el doctor, no te quites las gafas. Pero hablaba para él. Se apresuró a rebuscar en su

bolso, nunca lo bastante rápido, para pagar, con suerte igual pensaban que no tenía dinero. Al salir me sentía muy desgraciada, habría matado a aquel viejo arrogante que nos había tratado como trapos sucios, y nosotras sin abrir la boca para plantarle cara. No tengo costumbre de replicar a los profes ni a la gente que está por encima de mí, y quizá por eso mis viejos se ensañan conmigo, pero al menos ella podría haberme defendido diciendo que se necesitaba más tiempo para probar las lentes; al fin y al cabo, éramos las que pagábamos. En lugar de eso, quería complacerlo, quería agradar, pero de qué iba a servirle una vez fuera de la consulta. Le parecía normal que el señor se diera esos aires de grandeza con nosotras, que nos gritara, mientras que ella siempre me dice que en la vida no hay que dejarse pisotear, que una debe defenderse. Pero ¿de quién? El individuo aquel era el típico engreído de tres al cuarto al que me habría encantado machacar. A ella no. Me di cuenta de que le gustaba ponerse del lado de la gente importante y me pareció que mis padres estaban equivocados, que nunca ganarían nada con eso. Lo mismo con los profes, en las reuniones de padres, siempre de su parte; hay que echarle la bronca, ya sabe, si no le hace caso, castigarla. Como aquella leche que me soltó con trece años cuando el profe le dijo que no había entregado una tarea, ni siquiera tuvo que encargarse él de darme la bofetada. Y en primaria, se lo voy a decir a tu profesora, te va a castigar, y yo me creía esa amenaza que esgrimía en cuanto robaba un terrón de azúcar. ¿Sería capaz de ir a importunar con esas cosas a los profes del insti? Me daba vértigo solo de pensarlo. El día se iba poniendo gris. Mi madre notó algo. No te agobies, el doctor es un poco bruto, pero tiene razón, tienes que ponerte las gafas, de qué sirve venir, si te crees que lo hago por gusto… Hasta la puerta de las Nouvelles Galeries. Lo peor es que nunca he podido frenar a mis padres cuando empiezan con sus rollos. Yo quería otro vestido de tirantes, con mucho escote por delante y por detrás, pero con todos esos pasillos llenos de ropa no paraba de tirar las perchas y lo toqueteaba todo sin poder decidirme. Y mi madre al lado, ¡elígelo bien! No vamos a volver, ¿qué pasa?, ¿te parece que no hay bastante donde escoger o qué?, que no encuentras nada. Su buena disposición fue esfumándose poco a poco; es verdad que yo estaba demasiado indecisa. Ante el espejo del probador, me preguntaba con qué resultaría más deseable, como se lee en las novelas rosas, o no exactamente eso, intentaba parecerme a alguien, a Céline tal vez, y comprobaba si la tela se ajustaba a mi cintura y a mi pecho. Imposible que se imaginara lo que me pasaba por la mente cuando me giraba hacia un lado y hacia el otro delante de la dependienta, es un vestido fresco, coqueto, o bien hacía como que no se daba cuenta de la evidencia, que se adivinaba todo debajo del tejido si respirabas un poco fuerte. El rojo. Ya fuera, me arrepentí de no haber escogido el blanco. Comprar, siempre pensando en comprar, mis padres tienen razón en ser reacios, yo no estaba tan contenta como esperaba. Nada más salir de las Nouvelles Galeries con el paquetito se produce una especie de tiempo muerto, nunca sales

satisfecha, debería llevarme al menos diez vestidos a la vez, así la cosa dejaría de tener importancia y yo me sentiría más ligera. Pero aquí mi compra ya se estaba convirtiendo en un drama al salir de la tienda. Espero que te lo pongas y que no acabe en el armario por esto y lo otro, y procura cuidarlo. Y no terminaría ahí la cosa, una simple compra te persigue durante días y semanas, te preguntas si no te habrás equivocado, hasta que el vestido se mancha y pasa de moda. Tonterías, desde luego, pero yo no podía pensar en otra cosa, cómo iba a poder si solo tenía dos vestidos, aquello desanimaba a cualquiera. Luego estaba el óptico regordete que me puso media docena de monturas sobre las orejas mientras me apartaba el pelo, y cuando ella sacó la cartera, no quise ni pensarlo, me habría sentido demasiado culpable, el dinero hay que ganarlo, etcétera, etcétera, y no es mi caso. Pobre mujer, decidí meter las bonitas gafas de veinte mil francos en el fondo de mi bolso, y la visión de la billetera no me hizo cambiar de opinión. Luego, los discos prometidos. Al leerlo, ella destrozó, tres veces seguidas, el nombre de mi cantante favorito, otra cosa más que me la hacía insoportable. Toda la tarde jugando al escondite las dos, es que me saca de quicio; no, no es peor que cualquier otra madre. Amenazadora, ¡siempre descontenta, siempre pidiendo la luna! Engatusadora, ¿y si nos compráramos un pastelito? Cómplice, no sé si te pasa lo que a mí, me cansa Rouen, siempre trotando de una tienda a otra. Yo me mantuve glacial. De todas formas, fue un fracaso porque todos los placeres se van a la mierda con mis viejos. ¿De quién es la culpa? Aquella tarde en el tren, me quedé en el pasillo de pie mientras ella encontraba un asiento junto a la ventanilla. Las bolsas llenas en sus rodillas, el maquillaje todo cuarteado…, sentí pena por ella. Qué mala soy. Ella tiene razón. En *Intimité*, creo que fue, leyó la historia de una mocosa terrible que destrozaba sus cosas a propósito para amargar a sus padres. Durante la cena, contó la historia delante de mi padre; no se te ocurra volverte así, ¿entendido? Yo no daba crédito, le robé la revista para ver y no entendí nada, salvo que la niña en cuestión era yo, Anne. Metí la revista en una tubería oxidada del huerto y, cada vez que jugaba cerca, me parecía ver las pruebas de mi maldad enrolladas como un pergamino hasta el día de mi muerte. O la de mis padres. En el pasillo del tren, unos hombres pasaban a mis espaldas, yo me pegaba a la ventanilla; todos eran viejos. Ellos me echaban en cara lo desagradable que me ponía, cada vez más, y cuando pensaba en eso, no podía negarlo. Debería haberle agradecido más a mi madre todos los regalos, el vestido, los discos que me había comprado; no sé, me bloqueaba. Antes, en la Rue Césarine, ¿cómo quieres que sea tu mamá?, anda, dime; alta-alta-alta, hasta el cielo. ¿Y tu papaíto? Pequeño, pequeño, la puntita de la uña. Ella se henchía de felicidad y él se reía, le parecía bien. Cuando trabajaba en la fábrica textil, los domingos por la tarde estaba tan machacada que dormía vestida, menos las medias, hasta las cinco. Yo dormía con ella. Dos perras acurrucadas en la misma caja. Su cuerpo ancho y perfecto, con su liguero rosa bailando tontamente sobre

su piel al menor movimiento, con los ganchos metálicos abiertos. Yo me hacía la dormida. Ella se despertaba a eso de las cinco, sin querer hablar durante un buen rato, buscando sus zapatillas, luego se dejaba caer en el váter, con la puerta entreabierta y el olor a lejía. La observaba. Una sombra atisbada e inmediatamente la falda volvía a su sitio, sin poder hacerme una idea de cómo era realmente ese esbozo entrevisto. Su cuerpo no me daba asco. Ni cuando me disfrazaba con su gran vestido de flores malvas que olía a sudor y a comida. Ni cuando la veía lavarse, con los tirantes de la combinación bajados hasta medio brazo, con sus piernas suaves y sin vello. Yo pensaba que todos los hombres eran feos, y ni siquiera se maquillaban para arreglarlo. Cómo podía amarlo ella a él, con esa piel suya, áspera y roja. Aquellas imágenes me parecieron lejanas. Se había quedado dormida encima de las bolsas de las Nouvelles Galeries, era demasiado tarde, ya no me gustaba acostarme con ella, pegada a su espalda, y no ver jamás «esa cosa» que ella llamaba su conejito, como si fuera un bicho autónomo, aunque tuviera que taparme los ojos. Recordar eso no explicaba nada. Había algo en esas imágenes de nosotras dos que yo no podía soportar. Quizá toda la infancia. Los exámenes, la escuela, todo es para avanzar, estoy de acuerdo con ellos; mi vestido nuevo, por ejemplo, era para el futuro, y si no lo hubiera tenido, las cosas habrían sido diferentes. Pero por mucho que los padres hablen del futuro, siempre representan la infancia y el pasado. Parece que los trenes ayudan a pensar.

Era 18 de julio y por la noche lloré al ver que el tiempo pasaba y yo no disfrutaba de mi juventud. Esa tarde había visto a la vecina de enfrente tendiendo la colada, metros y metros de ropa, con todos esos mocosos, como ladillas; nunca me han gustado las familias numerosas, ese magma de ojos y vientres, y las puertas que se te pegan a los dedos. Luego salió a palparla para ver si estaba seca, estrujando cada prenda muy deprisa y, de vez en cuando, destendía una. Una hora después, volvió y recogió el resto en un santiamén, pinzas incluidas. La situación de la vecina no parecía mejor que la mía, salvo que ella no le daba vueltas ni se aburría. Ya veo que los adultos no se aburren nunca, me pregunto si lo de estar siempre ocupado sin tiempo para pensar en nada más es algo que sucede de repente. Hija mía, cuando empieces a currar no sabrás qué hacer con tu cuerpo. Ella se pasaba los domingos durmiendo, el trabajo la dejaba muerta. No tengas prisa por saber cómo es, anda, disfruta ahora que puedes. Sigo sin entender si les gusta el trabajo o no, me pierdo cuando hablan de esas cosas. Él presume de haber trabajado a turnos en la fábrica, y un día se pusieron hechos unos basiliscos porque dije que nunca tendría un oficio, que siempre estaría viajando y que viviría en un hotel. Si lo repitiera, creo que me zurrarían. Tal vez trabajen para mí. Yo no tendré hijos. Intenté inventar algo que se pareciera a la

jornada de un trabajador. Despertador a las nueve, estirar la cama, desayunar; a las diez, quitar el polvo; a las diez y cuarto, repasar inglés, una hora. Chorradas, no había manera de tomarse en serio esas distracciones, incluso el repaso parecía algo gratuito, el nuevo curso escolar no empezaba hasta dentro de dos meses. Debe de ser el dinero lo que convierte una actividad en un trabajo, o que sea útil. Aquí era como un juego de niños, yo interpretaba el papel de la alumna que sería dentro de dos meses o el de ama de casa afanándose en las tareas domésticas. Por lo menos a mi madre le pagan por limpiar en La Petite Vitesse, a mí no me dan ni un céntimo por ordenar mi cuarto. A pesar de todo, vaciaba los cajones, clasificaba, tiraba; a finales de julio, dejé de abrirlos, me los sabía de memoria. Dejé de inventarme curros y de probarme ropa para gustarle a no se sabe quién. Una tarde polvorienta comenzaron a caer gotas gruesas, los pájaros siempre aletean y pían cuando empieza a llover. La vecina había descolgado la ropa tendida. No me aburría, quería contarme historias; a decir verdad, no estaba segura de sentir ese deseo, pensaba en los tíos del ciclomotor del otro día, en algunos chicos del colegio, todos formaban un fondo uniforme, suave, sofocante. Pero no había un muchacho de verdad en el horizonte, nada en kilómetros a la redonda para las vacaciones, y Gabrielle que no volvía. Ni uno que asome el rabo, querida, nos partíamos de risa las dos, Alberte y yo, antes. Ya no quería escribir cosas impúdicas, se acabaron esas guarradas en la página interior del forro de un cuaderno, esas palabras que no se encuentran en el diccionario y que no podía evitar garabatear una y otra vez y que me hacían morirme de miedo al mismo tiempo. No, era algo muy distinto, sentí que necesitaba escribir algo contenido en esa habitación, ligado a ese escenario, a mi estúpida vida y a los pájaros que celebraban la lluvia, y a esos deseos. Cómo hacerlo, cómo describir la ciudad, el barrio y después a mí, y nada más; no somos personajes de novela, todo es bastante evidente y a mí no me pasa nada. Más tarde, cuando haya vivido mucho tiempo o cuando me haya acostado con un chico, pensaba yo entonces, seré capaz de expresarme. Me daba cuenta de que me faltaba lenguaje y saber más cosas de la vida, pero me equivocaba. Mi madre, qué dificultades cuando empieza a escribir una carta, una tarjeta de felicitación, una nota para el profe: traza pequeños círculos en el aire sobre el papel, luego se lanza, de frente, con la mirada fija, dice que le cuesta dibujar las letras; te sale o no te sale, hay que tener mano. Claro que existen muchos modelos en los libros; por ejemplo, descubrí que *El extranjero* trataba a veces de cosas corrientes, pero a la hora de transponerlo se convertía inmediatamente en una mierda. Imposible escribir he tomado café con leche a las cuatro, mi madre hacía la lista de la compra. Habría preferido ir directamente a lo importante, pero los acontecimientos y los sentimientos apenas llenaban una página. Me muero de asco es algo que no se escribe y, además, es demasiado limitado. De todos modos lo intenté, y en tercera persona, me parecía más fácil, por si tenía cosas delicadas que contar. Al cabo de

tres páginas, no me apetecía seguir, parecía el principio de esas historias que publicaban en la revista *Intimité*: un encuentro en un tren, un vagón en primera, pero la chica se equivocaba de vagón, claro, una casualidad necesaria para que un ejecutivo se enamorara de ella… Al final, no tenía ni un pequeño detalle tierno que contar, me mortificaba, me había dejado llevar por no sé qué y estaba totalmente desubicada, sin tema, sin palabras, incluso. Lejos de la lluvia de aquí, de los huertos de aquí, de la historia encerrada en algún lado entre estas paredes. Lo arrugué todo y luego pensé que sería mejor cortarlo en trocitos. Si mi madre descubría el borrador, le daría cien vueltas, ¿es verdad o mentira?, lo falso la impresionaría mil veces más que la realidad. Siempre han desconfiado, desde que yo era pequeña; ¿qué haces ahí?; no estoy haciendo nada; estás escribiendo, mentirosa; solo por entretenerme; ¿no son cosas de la escuela, entonces? Pensaban que era peligroso, como tocarse la hucha o hacer muecas de loca. ¡Deja de hacer eso, desgraciada, que te vas a quedar así para siempre! Me preguntarían por qué escribía esas historias que no servían para nada. Decidí abandonar mis tentativas literarias; además, ese no era el término, yo solo quería algo, nada más, y ese algo no sucedía. Empecé a temer la hora de la cena, el almuerzo no contaba, mi madre y yo comíamos en un santiamén. Por suerte, siempre tengo hambre, así que durante los primeros minutos miraba los tomates y los huevos sin pensar en nada más que en el placer de engullirlos, y cuando el plato se vaciaba, veía venir los tiempos muertos entre plato y plato, porque ellos comen despacio. Untan la salsa alrededor de los pedazos de carne, la sorben a través de la miga y vuelven a mojar hasta que el trozo de pan se pone todo blando. Mi padre dice que es el mejor momento del día. Curioso, una mesa y, cientos de veces, las mismas personas a su alrededor, instantes de verdadero pánico cuando dejaban de hablar. Me preguntaba qué era lo que nos unía a los tres, al final no sabía ni cómo me llamaba. Repetía Anne, pero el nombre por sí solo suena a hueco cuando no sientes nada a tu alrededor. A veces comentaban las noticias de los periódicos, no las políticas, sino los sucesos, los accidentes, los crímenes; es terrible, qué cosas hay que ver, aunque nunca las hubieran visto con sus propios ojos. Cómo le podía gustar a mi madre, tan aficionada a todo lo bueno, disfrutar con esas historias de bandidos y delincuentes. Miedo de que nos asesinaran, quizá, de que nos robaran; qué tontos, si lo poco que habían atesorado estaba en la caja de ahorros. Y más accidentes, suplicios en el trabajo, enfermedades. Si eso fuera lo único realmente importante en el mundo, no me gustaría vivir hasta su edad. Me di cuenta de que, en el fondo, durante la cena no hablaban mucho de la gente del barrio, o de fuera, solo de algunas buenas personas, ajenas a la maldad general, que habían acabado torciéndose. La vecina de la ropa y los críos pegajosos no sabía ocuparse de su casa; esa, otra para darle de comer aparte, un odre, la Collet, una orgullosa que se lo tiene creído; y eso no lo aguantan, la gente creída, sobre todo cuando viene del arroyo, no nos olvidemos. Siempre las personas una a una,

ni una palabra del taller mecánico, de la escuela, de las instituciones, como nos había enseñado el profesor de Educación Cívica; supongo que sabían que existían, pero no creían que se pudiera hablar de aquello. Sobre el servicio militar la conversación se acabó enseguida; se necesita un ejército, yo digo que el que no hace el servicio militar no es un hombre; pues yo creo que, en primer lugar…; ¿por qué te metes donde no te llaman, si tú no lo vas a hacer? Me empeñé, ¿por qué es necesario el servicio militar?; se cabrearon muchísimo, se negaron a contestarme. Me di cuenta, asqueada, de que para ellos todo era «así», para ellos se podía criticar a la gente, pero no lo demás. Prefería cuando cerraban la boca mientras comíamos. El periodo me vino antes de lo habitual, lo que me mantuvo ocupada, me dolía a diferencia de otras veces, así que no pude evitar que ella se diera cuenta y me dijo es normal. Estaba convencida de que me dolería menos si no me aburriera tanto. Me quedé tumbada boca abajo toda la tarde, mi madre estuvo muy amable, me dio unas pastillas y sus revistas. Pensé en el año anterior, luego fui hacia atrás, el mes de julio, todos los meses de julio, difíciles de recordar, pero me di cuenta de que, por lo menos durante los últimos cuatro años, cada año parecía más lejos del precedente, los escalones más altos, y, en cada uno, una chica, yo, fea y bastante estúpida, salvo en el escalón actual. Menos mal que las escaleras subían. Pero a lo mejor el año que viene la chica de este año me parecía patética. Me cansé. ¿Y Gabrielle? La zorra nunca venía a verme. Invisible en la calle, imposible ir a su casa, habría pensado que le iba detrás, y una tiene su orgullo. Reapareció una tarde con esa mirada de gato suya, fija e inquieta. Qué inesperada alegría, la jornada se presentaba bien, por fin, creí que todo iba a cambiar como de la noche al día. Mi madre le puso buena cara, pero luego siempre contraataca por detrás. Qué buen tiempo hace, ¿verdad, Gabrielle?, qué suerte estamos teniendo estas vacaciones. El tiempo es cosa de viejos, no nos interesa. Pero, de todas formas, intentaba meterse en la conversación. Le parecía bien que tuviera amigas, siempre y cuando nos quedásemos «al alcance de su vista». Pensé en ello cuando vi que se nos pegaba. Quería que me juntara con las otras niñas en el jardín público de la Rue Césarine, que jugara con ellas, que fuera a saludarlas; ya que vas al colegio con ellas, es lo normal; era atroz, tenía que darle un beso a una cría, cuando los niños nunca nos saludamos, solo nos miramos, con eso basta; ah, aquí estás, pues yo también, y punto. Me obligaba, y yo muerta de vergüenza. Y lo de Alberte. Cuando nos veía a las dos decía si fueran chico y chica, se casarían. La pobre mujer nunca pensaba en cosas sucias, es cierto que nos callábamos delante de ella, incómodas como si fuéramos novias, esperando que se diera cuenta de que sobraba y se pusiera a planchar. Gabrielle y yo nos alejamos sin prisas, para no levantar sospechas, hacia el huerto, junto a los groselleros, y nos sentamos en unas toallas de baño. La de guarradas que nos susurrábamos Alberte y yo; nos habrían metido en un reformatorio en el acto. No hacer nada que tu madre no pudiera ver, decía la maestra de párvulos. Sabía que

Gabrielle tenía secretos que contarme, si había desaparecido desde la feria de Saint-Pierre era por algo. Empezó hablando de vaqueros y jerséis, le costó Dios y ayuda decidirse, y a mí me costó aún más no parecer curiosa y ansiosa, es humillante pedir detalles cuando no tienes nada que ofrecer a cambio. Me molestó que se pusiera a masticar briznas de hierba con aire de superioridad. ¿A qué estaba esperando, si en realidad había venido para eso, para contármelo? He conocido a un tío. Lo hacía adrede, dejarme así un buen rato, con la miel en los labios. Es monitor en el campamento, ya sabes, el campamento que hay montado en el castillo de Le Point du Jour. No. Que sí. Como Alberte, todo tipo de fingimientos antes. ¡Cuéntamelo! ¡Te juro que no tengo nada que contar! Si juras y mientes, te mueres inmediatamente, lo sabes, ¿no? Sí, lo juro por mis padres. Me traía de cabeza con esa espera porque en realidad era de mi futuro de lo que me iba a hablar. Todo lo que les pasa a otras chicas acaba pasándote a ti, pensaba yo, es como el periodo. Conseguí hacerme la indiferente, así que acabó por soltarlo, fui a dar una vuelta en moto anteayer, un paseo. Y otra vez haciéndose de rogar. Un campo. De heno. Ella dijo ¿sabes?, hay otros monitores, tres o cuatro más. El resto me importaba un pimiento: había dicho que había más, con eso me bastaba. ¿Qué has estado haciendo? Parecía un gato, no se puede decir, solo murmurarlo al oído, qué inferior me sentí a su lado. Acabó largándolo todo. Mi madre vino a preguntarnos si queríamos merendar, siempre esa manía suya de querer dar gusto a mis amigas. ¡Pue sí que tienen cosas que contarse las señoritas! Qué inocente. Cuando ya se iba le recordé a Gabrielle eso de que había más monitores… Me habría gustado ser más fea que ella para que no desconfiara de mí. Según ella era complicado, no tienes tanta libertad como yo y deberías ir en bici; una montaña de dificultades. Después de que se fuera me desanimé ante los problemas que supone ir detrás de los chicos, el primero y más difícil de resolver, que no se dé cuenta nadie. Luego me imaginaba ese campo de hierba y el pecho suelto de Gabrielle bajo la mano del tal Mathieu. Puede que no tenga sentido de la propiedad, en mi imaginación por lo menos, porque me habría quedado encantada la otra mano para mí, *fifty-fifty*, una después de otra, más vale compartir que quedarse a dos velas. Si Gabrielle quería que fuéramos amigas de verdad, tenía que hacer un esfuerzo para que nos pusiéramos las dos al mismo nivel en cuestión de tíos porque el desfase resultaba insoportable. Me llevaba demasiada ventaja. A Alberte, que me sacaba tres años, nunca conseguí alcanzarla, todos los meses se reía de mí, la vieja pelleja esa, con sus sujetadores, los primeros pelos que le asomaban por las bragas y el bultito de la compresa ahí abajo cada mes. Desaparecida de mi vida hasta que consiga estar a su altura. Envidiaba a Gabrielle. A pesar de todo, aquel día mis vacaciones no me parecieron tan horribles.

Aparte de eso, la mañana del domingo del final del Tour de Francia, con mi padre berreando porque el ganador era un belga, encontraron a mi abuela muerta

en la cama. Vivía con la hermana de mi madre en la otra punta de la ciudad. Era el primer acontecimiento desde la reválida. Mi madre se fue como una loca y mi padre y yo no la vimos en toda la mañana. Hacía mucho tiempo que no había una muerte en la familia, a veces me preguntaba cómo sería cuando muriese mi abuela, la única que me quedaba, los demás abuelos fallecieron en el hospicio cuando yo era una niña. Recuerdo el entierro de un tío, la casa estaba llena de gente, yo fui a la escuela a pesar de todo, creo que aún iba a párvulos y estaba contenta de tener alguna noticia que contar a los demás, pero la maestra me regañó, me dijo que era triste, que me callara de una vez y las bobadas de costumbre. Pero en casa, si la memoria no me falla, nadie estaba triste, creo que cantaban esa de los borrachos en el cementerio, a no ser que aquello fuera en otra cena familiar. Así que intenté averiguar cómo me sentía por su muerte, por no volver a verla nunca más. No fue fácil. La última vez que vino a casa fue a principios de junio, mi padre le dijo ¿qué, abuela?, en plena forma, ¿verdad?, nos va a enterrar a todos, se lo digo yo. Ella no se enteró porque estaba sorda como una tapia y a mí no me hizo ninguna gracia. Mi pena no fue muy grande, pero envejecí de golpe; a partir de ese momento, cuando pensara en mí de pequeña, ella aparecería en esos recuerdos. Estaba muerta, algo se cerraba. Íbamos al cementerio a visitar la tumba de mi tío y mi madre me decía está en el cielo, ¿sabes?, puede verlo todo; durante mucho tiempo tuve miedo de que mi abuela se muriera, se enteraría de todas las tonterías que hiciera. Como ya no pensaba esas cosas, viví con curiosidad el día de su muerte. Fue un día bastante entretenido. Me ocupé de las tareas domésticas y de la comida en lugar de mi madre, me gustaba. También me decía que quizá pudiera escabullirme en medio de todo el alboroto, las catástrofes tienen su parte buena. Pensaba en los tipos de Gabrielle, y también en mi abuela, se me mezclaba todo y era un poco raro porque no había conexión entre las dos cosas. Me preguntaba a quién le tocaría morir después de mi abuela; a mi tío Jean, sin duda, pero solo tenía cincuenta y ocho años. Había un recuerdo que me perseguía: la veía de espaldas, frente a su cocina, preparando conejo a la crema; en la bodega jugábamos con la piel y las patas cortadas con hilillos de sangre entre los pelos. Me sentía feliz y melancólica. Mi madre volvió, pensé que estaría muy afectada, como dice ella; error, no derramó una sola lágrima; suspiró, sus ojos brillaban como los de Gabrielle, eso es todo. En la comida nos dijo que ella fue quien la aseó y le puso el rosario entre los dedos, el cura lo encontró todo impecable. Mi padre dijo que iría a darle el último adiós a la abuela, mi madre pensó que no tenía sentido que yo fuera con él, no son cosas para los jóvenes. Tenía miedo de que me diera un pasmo, esa expresión de mi abuela cuando las niñas y las jovencitas veían algo que no deberían ver. Me pareció bien, prefería recordar a mi abuela de espaldas, envuelta en olor a mantequilla tostada. Se podría pensar que no hay mucho que contar sobre una muerte repentina, pero mi madre se pasó el día siguiente hablando de ello con las

vecinas. Por momentos se convertía en novela policiaca, cómo la encontraron, el tazón de café con leche vacío, eso quiere decir que desayunó y se volvió a la cama, así de sencillo, seguía caliente, dormida, era realmente como si estuviera dormida, tapada con la sábana hasta la barbilla. La gente esperaba la explicación de verdad, pero no la había. Mi madre seguía buscando detalles, concluía sé que no somos eternos, al menos no ha sufrido, que ya es mucho. Varias veces se enjugó los ojos con el paño de cocina que llevaba en la mano cuando la vecina vino a tirarle de la lengua. Todo aquel chismorreo me horrorizó. Me di cuenta de que cada vez había menos relación entre lo que yo sentía y lo que ella decía. No sé si ella seguía queriendo a mi abuela, ¿a qué edad es menos doloroso perder a tu madre?, porque de todos modos tiene que suceder. Me dije que a los cuarenta y ocho, la edad de mi madre, debería ser más fácil, así que mi madre solo estaba aparentando de cara a la galería. De repente hubo mucha agitación, como el día de mi comunión, colchones en el suelo para los parientes que se quedarían a dormir. Todos dijeron que me sentaban bien las gafas nuevas. Mi abuela pasó a un segundo plano para todos, era una oportunidad de reunirse. Todo un torbellino hasta la misa del funeral. Yo no fui, alguien debía vigilar el asado de ternera que íbamos a comer a mediodía. Y solo tenía vestidos llamativos, mi madre no creía que mereciera la pena gastar dinero en un vestido de luto solo para una misa. En la mesa, mis tíos y mis tías hablaban de lo mismo que mis padres: el trabajo, el alquiler, los plazos, de cualquier cosa, y comían embutido. Me parecían incluso peores que mis padres. Mi tío Jean contaba que un tipo se cayó de un andamio y quedó irreconocible. No había primos de mi edad, solo una niña de doce años. Lamenté que mi tía Monique no estuviera allí porque mi primo Daniel la habría acompañado. Mi madre empezó a largar, ya lo veis, por parte de Monique nadie se ha molestado en venir, y ella, qué me decís, cuando no respetas ni a tus padres es que no vales gran cosa. Ni una sola flor en el ataúd de su pobre madre. Entre todos le dimos un buen repaso a la ternera. Aunque no seamos ricos, tenemos nuestra dignidad. Sacaron a relucir a Daniel, un bala perdida que, ojo, ya había pasado por treinta y seis oficios distintos, más una bronca en un baile, sin hablar de lo que empinaba el codo. Recordé que aprendía kárate o jiu-jitsu por correspondencia, y luego un libro que tenía, *Cómo triunfar en la vida en veinte lecciones*. Tenía una pila de ilusiones, se defendía como gato panza arriba para salir adelante. Lo echaron de la FP a los diecisiete años. Yo estuve enamorada de él a los catorce. Me di cuenta de que ya no era posible, con todo lo que le caía encima, se me saltaban las lágrimas, me pasa continuamente ahora cuando veo algo desagradable, creo que es el destino y que no se puede hacer nada para cambiarlo. Daniel la había cagado, me asustaba pensar en eso, en que un día pudiera torcerme yo también, ¿acaso sucede de golpe?, ¿cómo reconocer los síntomas, el paso que te desvía del camino correcto? Decían que era culpa de los padres, que no habían corregido lo suficiente a Daniel. Me

impresionó ver cómo estaban todos de acuerdo, cómo pensaban todos lo mismo. Lo curioso fue que empezaron a discutir sobre detalles, si Monique había vivido o no ocho años en Le Havre, en la Rue Eyriès; qué va, tanto no, seis años; espera un momento, fueron siete años. Necesitaban tiempo para formarse un juicio, para que la verdad saliera a la luz. Se perdían cada vez más con tanto detalle. Mi abuela cayó en el olvido. Aquello no me interesaba nada, y eso que de pequeña disfrutaba con las comidas familiares, las bandejas de pasteles, las canciones, el desbarajuste con los primos en la cocina, pero de niña no escuchas las palabras, casi ni las oyes, apenas una musiquilla de fondo. Solo pensaba en levantarme de la mesa, en Gabrielle, en lo puta que era. Y ellos, era increíble cómo le daban vueltas a todo para llegar a no sé qué conclusiones; mengano, bueno, ni tan mal; me tropecé con zutano en el súper; como si todos esos detalles fueran importantes y los llevaran a alguna parte. Y el café, y el chupito, y otro chupito. Y la espuela. Por fin se levantaron para estirar las piernas por el huerto. Demasiado tarde, la penumbra empezaba a envolver las hortalizas; como el día de la reválida, la tarde pasó sin que me diera cuenta, aunque esta vez era en vano. No había nada peor que la gente levantándose de la mesa al final de una comilona; mis tíos se desperdigaban por la hilera de las judías, mis tías llevaban los vestidos arrugados a la altura de las nalgas, todos eran feos y viejos. Antes me encantaban los días en que celebrábamos una fiesta y los demás no, una época privilegiada. Sin embargo, la tarde del entierro me sentí aliviada de que se terminara aquello. Se despidieron besuqueándome. Bueno, adiós; a Anne le va bien en el instituto; estaría bien que te hicieras maestra. Yo había comido demasiado, como los demás, y encima bebí licor de cereza. Mis viejos dijeron que no cenaríamos, que aún teníamos la tripa llena. Siempre es así por la noche los días de fiesta, pero yo me siento sucia y pesada. Es más, creía que había perdido otro día, Gabrielle me iba sacando cada vez más ventaja mientras yo escuchaba a mis tías comparar los precios de las verduras. Si no hubiera sido por el entierro y la comida de después, quizá no me hubieran entrado tantas prisas por… La abuela murió en el momento justo. A las siete aún no había anochecido, ellos no se pusieron a ver la tele, no el día del entierro, solo faltaría; les dio por ordenar la casa y yo decidí acabar mal el día; total, a esas alturas, un poco más o un poco menos daba igual, y luego, gracias a eso, me quedé dormida, por la noche aquello me daba menos remordimientos. Si Dios existía y mi abuela lo estuviera viendo todo desde allí arriba, no volvería para contar lo que yo había querido hacer la noche del día en que la enterraron; mejor dicho, lo que había hecho, porque una vez que se ha tenido la idea ya no hay vuelta atrás. Era mi manera de enterrarla.

Al día siguiente mi madre fue a trabajar a La Petite Vitesse. A las dos, me presenté en casa de Gabrielle. Su madre estaba guardando la compra y, mientras, ella removía el café con la cucharilla, chirriaba. La odié. Si hubiera habido otra forma de conocer a chicos interesantes, habría prescindido de su amistad. De

hecho, siempre pensé que era provisional, a la espera de algo mejor; en la escuela primaria, que no era mixta, sustituí mentalmente a algunas chicas por chicos. Olvidé mencionar que mi abuela había muerto. Contemplaba el piso de Gabrielle, un lugar sencillo como el nuestro, pero con objetos completamente diferentes. Es curioso estar en casa de otra persona, o, peor aún, de los padres de otra persona. Seguía prefiriendo a mi madre que a la de Gabrielle, las madres de las demás siempre son desagradables, y durante mucho tiempo me pregunté cómo no se daban cuenta mis amigas de que sus madres eran feas. Me repugnaba imaginar la misma intimidad entre Gabrielle y su madre que entre la mía y yo, había algo maternal en su cara, en la forma en que se sentaba apoyándose en una sola nalga, esquinada, con un codo encima de la formica. Gabrielle parecía incómoda con mi llegada, y yo también, y su madre no paraba de desembalar latas de sardinas y zumos de manzana, que detesto. Escapemos cuanto antes de este decorado para volver a ser casi iguales, como en el cole, donde se diría que nadie tiene familia y donde los profes dicen «los padres», «la sociedad», «el trabajo», algo muy vago que no los concierne. Gabrielle siempre tenía la antena puesta con su madre, yo tenía que esperar para saber si podíamos juntarnos o no y cuándo. ¿Vienes a buscarme para ir la piscina?; un guiño; espera, voy a buscar el traje de baño. Media hora más tarde, íbamos por la carretera, en dirección opuesta a la piscina. Me quité la blusa en el garaje de bicicletas del edificio para sentir solo los tirantes sobre la piel. Me quitaría las gafas justo antes de llegar al campamento, más valía dejármelas puestas para ir en bici, por superstición, no fuera a romperme la crisma por no haberles dicho a mis padres que iba a dar una vuelta. También tenía miedo, claro; si me hubieran asegurado que mi bici retrocedía en vez de avanzar, me habría llevado casi una alegría, pero tenía que hacer cosas que me dieran miedo; de lo contrario, más valía que me quedara en casa, en el regazo de mi familia, hasta que empezara el curso. Antes muerta. No sabía dónde me metía, como en las novelas por entregas; e incluso en *El extranjero*, me acuerdo, estaba escrito: Eran como cuatro breves golpes que daba en la puerta de la desgracia, pero no podía decírmelo a mí mismo porque no sospechaba nada, saber yo ahora lo que sigue forzosamente lo distorsiona todo.

Eran cinco en el césped del campamento, cinco monitores, dos de ellos chicas; me enteré de que estaban esperando a que los niños terminaran la siesta. No tardé en hacer cuentas, quedaban tres chicos, porque las monitoras ya debían de estar servidas. Gabrielle tenía a Mathieu, así que aún podía elegir entre dos monitores, pero cuáles, era emocionante. Me sentía viva. No se andaban con chiquitas, ninguno de ellos, haciendo alusiones soeces y contando chistes verdes; yo me habría sentido incómoda, pero veía a las dos monitoras escuchando y riendo tranquilamente, Gabrielle también, prueba de que encontraban naturales todas aquellas guarradas. Su actitud me tranquilizó, dejé de ponerme colorada e incluso me reí con una canción que bramaban ellos con las chicas haciéndoles los

coros, la, la, la. Era bonito. A veces me dan ganas de tararearla, aunque ya no me haga mucha gracia. Mamá, ¿qué es un virgo?; es un pájaro, hija mía, un pájaro que se mete en una jaula hasta los dieciséis años. Iba liberándome de mis miedos poco a poco, al principio pensé que eran viejos y feos, todos mayores de dieciocho años, y la gente en grupo siempre me parece fea. Me estaba acostumbrando, pero seguía sin imaginarme con ninguno de ellos. Un perro pelirrojo y blanco merodeaba a nuestro alrededor, parecía enfermo, varias veces fue a hacer sus necesidades en la hierba, incluso hubo bromas. Me quedo con algo un poco sucio que pasó en ese momento, antes de que todo empezara: yo miraba al perro y no sabía que en septiembre volvería a ese prado y solo con ver la mierda seca, que sin duda desaparecerá con las lluvias de este invierno, me diría a mí misma que algo había terminado para siempre en mi vida; espantoso. Así que para mí el primer día es el del perro enfermo. El segundo, mi madre no trabajaba en La Petite Vitesse, de manera que tuve que arriesgarme, tuve que observar su jeta cuando le dije voy a casa de Gabrielle. No desconfió, se limitó a espetar mira, antes no te hablabas con ella y ahora no hay quien os separe. Fui prudente. Cara normal, un poco apagada, como diciendo voy a casa de Gabrielle porque no sé qué hacer, si no; tampoco mostrar demasiado apego por mi amiga, se habría puesto celosa. Máximo cuidado con la ropa, la menor sospecha sobre el escote o los vaqueros ajustados puede ser fatal. Me recogí el pelo, me puse una blusa bajo el vestido de tirantes, el viejo. Salir pitando antes de que se fije en mis pestañas demasiado negras y en mis párpados color malva. Sobre todo, nada de colonia para no levantar sospechas. Coger la bici tranquilamente, porque seguro que me sigue con la vista desde la cocina, andar como una niña, sin contoneos, ocultando el pecho y el trasero lo más posible, que no note ningún cambio en mi cuerpo desde el año pasado. Llevar las gafas con orgullo. Hacer que se centre en los peligros de ir en bici; ten cuidado, párate por completo en el stop; sí, me paro y me bajo, muy bien. Mientras solo le tenga miedo a la carretera no habrá problema. Sentados en el césped el uno al lado del otro, Gabrielle y Mathieu hablaban de política, yo no entendía mucho, pero estaba contenta, por una vez iba a aprender, fuera de la escuela quiero decir, donde no mola escuchar solo cosas que aprender, nada más, ni un chiste picante, solo lo útil. La vida te enseñará, dicen mis viejos, así ellos no tienen que explicarme nada. Yo escuchaba sin pensar que eran chicos y que en esos casos siempre hay intenciones detrás de las palabras. Mathieu le quitó a Gabrielle el libro que había traído, al parecer el autor era un facha; ¿qué es un facha?; será posible…, pues un tío que solo piensa en joder a la clase obrera. Yo había leído el libro de Gabrielle y no me fijé en eso. Si era verdad, el tal Guy des Cars sabía lo que se hacía, porque no se le notaba nada; para empezar, repliqué a Mathieu, nunca habla de los obreros, toma esa. Precisamente esa es la prueba, toma tú esta otra. Yo no sabía cómo argumentar, pero al principio no creí a Mathieu, cómo pensar que no nos hubiera puesto

nadie en guardia contra esos libros, ni siquiera mi madre desconfiaba. De todos modos, me parecía una chorrada creer que hubiera una relación entre un simple libro y el curro de mi padre en la fábrica. La política me interesaba e intenté seguir la conversación. En casa nunca hablamos de política, mi padre es sindicalista, pero en su sindicato no se hace política, y mi madre se cierra en banda, ni una palabra de esas cosas en esta casa, que siempre terminan en bronca. Perdí el hilo cuando hablamos de los árabes e Israel, aunque creía que sabía todo lo que había que saber sobre el tema, los secuestros de aviones, los rehenes y los terroristas. Me sentí humillada, tenía la impresión de haberlo entendido todo mal, o de que el tipo de la tele nos contaba mentiras. La conversación me parecía interesante, pero no había ido hasta allí para estar toda la tarde de cháchara, me di cuenta de que eso lo complicaba todo, incluso me parecía que la charla solo servía para elegir peor, a veces solo por los ojos, y vete a saber cuáles estaban ya con las monitoras, porque no veía ninguna diferencia entre ellos en su forma de mirarme. Incluido Mathieu. El primer día no pasó nada más.

En agosto empezaron las vacaciones pagadas de mi padre. Odio eso, las vacaciones nunca les sientan bien, a lo mejor porque son en agosto, por el calor, pero son como un domingo interminable y se aburren como ostras, así que se vuelven imposibles. Seguía sin pasar nada. Y eso que yo había encontrado excusas para salir todas las tardes. Piscina con Gabrielle, de compras con Gabrielle, todo con Gabrielle; por desgracia, no todo, sabía lo que hacía cada tarde a las seis cuando yo volvía a casa, y a veces intentaba adivinar sus formas bajo la blusa, imaginándome lo que se dejaba hacer. Ese fue el principio, el día antes del principio; me gustaría no haber pasado de aquella víspera. Estaba harta de las canciones y de las conversaciones en la hierba; aunque quería saber dónde me metía, ya no sabía si me apetecía o no con esos tíos mucho mayores que yo. Pero precisamente esa tarde mi madre tenía su careto de mala uva, y luego que si la pintura de la puerta de entrada estaba desconchada, que si no sabes con quién te la estás jugando, que si no se puede llegar a nada sin que… Me quitó todas las dudas, y tuve la certeza de que solo podía mortificarla saliendo de marcha. No creo que sirva de nada quedarse tranquila en casa de tus padres con los pies debajo de la mesa y la infancia a las espaldas, frente a un camino que lleva a un prado que se abre, frente a un viejo puente donde nada más apoyarme me cambiaba la cara. Nada tenía más peso que aquello, ni siquiera un cero en Matemáticas. Tal vez la reválida superior, pero eso lo sabré cuando llegue el momento, no antes. Solo estaban Mathieu y un tipo larguirucho y peludo al que llamaban el Rata. Las monitoras no tenían mal gusto, me quedé con el más feo y ya me imaginaba todo lo que Gabrielle diría de él. Fui yo quien propuso ir al puente del ferrocarril, explicando que era impresionante, y pudimos abrirnos camino sin dificultad, pero cuando llegué al final, no oía a los demás, y a mi lado estaba Mathieu. Pánico. Me gustaría sentir de nuevo ese miedo, el de no poder

volver atrás, pero ahora es imposible. Gabrielle, qué le voy a hacer, sálvese quien pueda. Dicen que no hay que dejar que te traten como una cosa, y nos habían intercambiado a nuestras espaldas, como un kleenex de usar y tirar. El propio Mathieu me diría que me había comportado como una cosa, pero lo haría más tarde. A mí no me importaba, al contrario, no me volvía loca el Rata y, además, la primera vez tiene una demasiado lío en la cabeza como para prestar atención al que está delante. Toda la infancia corrió como un reguero de pólvora hasta ese momento, con el que tanto había soñado; Alberte y yo nos besamos una tarde en su habitación con la luz apagada; la ilusión, la angustia por lo que íbamos a descubrir, sus labios apretados, fríos, tan asustada como yo… Nada. El único juego que no da el pego de ser real. Y aquellos paseos por el patio empedrado de la escuela primaria, y bajo los tilos del colegio, donde los chicos aparecían como en un sueño que me liberaría de esos brazos de niñas que son como los míos y que me aferran en los recreos. En los muros de la Rue Césarine escribía los nombres de las chicas mayores que me parecían guapas; ellas tenían doce años y yo, siete. Provisional, siempre provisional; de lo contrario, tal vez no habría tenido miedo de tocar a Alberte, puede que me hubiera gustado. Y todo aquello que nos contamos durante diez años, sin parar; primero, que se hacía con el dedo, poco a poco; evidentemente, eso te daba mucha libertad frente a los hombres y, por añadidura, resultaba más fácil. Luego darte cuenta de que estabas en plena transformación, y perder mi imagen plana en favor de un hueco que ni se veía, menuda fase, pero no me amilané ante nada y, poco a poco, fui armando todo el rompecabezas de las partes del cuerpo, con paciencia y aprendiendo a usarlas. Durante bastante tiempo me faltaron casillas, menos mal que Alberte tenía todo un paquete de adivinanzas más claras que un diccionario médico; la estación más pequeña de Francia, colega, solo entra un viajero y los bultos se quedan fuera, a ver si la encuentras. El futuro era una gran cama donde estábamos todo el tiempo abiertas de piernas debajo de unos muchachos muy tiernos. Iba a emborronar todos esos recuerdos, iba a acabar con esa imaginación febril y a abandonar el mundo de las amigas, un poco pegajoso: Alberte, diez años, el cobertizo de las herramientas. Y luego las manos, que son siempre las mías. Caminaba junto a Mathieu, pero yo no preveía nada, salvo labios y brazos, como en los libros y las películas. Y todo el sueño que se va a la porra: la piel áspera y auténtica de ese chico, su reloj que se enganchaba en mis tirantes, el olor, la realidad tan real… Es aterrador. No sabía qué hacer, en todos los sentidos. Estaba sola; Alberte, Gabrielle —que había desaparecido con el larguirucho— me lo habían enseñado todo, pero no quedaba nadie más que yo, una respiración. Quizá siempre eres espectadora la primera vez. Por qué será que lo único que no prevés es la brutalidad de los chicos, la ausencia de suavidad; todos mis sueños habían sido blandos. Me abrazaba demasiado fuerte. No encajaba con nada, ni con los relatos de las revistas de mi madre —se abrazaron apasionadamente— ni

con las poesías del libro de comentarios de texto, *El lago* de Lamartine —una noche, ¿lo recuerdas?, bogábamos en silencio—. Pensé en Daniel, mi primo, y luego en el monitor de sala del cole al que me quedaba mirando a finales de junio. Todos los hombres a la vez, el gran secreto estaba en mi poder, incluso si hoy solo había una boca y unas manos en mis tirantes; los jóvenes, los viejos…, el mundo entero formaba parte de ese círculo; yo también. Un poco simple para ser un secreto. Aquella tarde sentí que acababa de entrar en el mundo de los adultos. Pero ¿quién habla?, ¿quién recuerda?, ¿la Anne de aquel momento?, son cosas que solo se dice una mucho tiempo después, la Anne de hoy; es decir, nadie. Seguir. Nos sentamos en los tocones junto al sendero, que desaparecía porque yo no llevaba las gafas puestas, y empezamos a hablar, en absoluto de lo que acabábamos de hacer, de lo que estábamos haciendo, sino de que estaba contento, y de las vacaciones, del campamento, de mi piel, de los árboles que no deberían talarse, de Gabrielle; me interesaba saber qué pensaba de ella, y me tocó el pecho, pero solo un poco. Nunca habría imaginado que se pudiera hablar de cosas tan inconexas, de tonterías y de cosas serias, con esa libertad. Me di cuenta de que, para dialogar de verdad, con confianza, había que empezar por besarse y tocarse, y no al revés. Me callé porque él era mayor, había aprobado la reválida superior y más cosas, y yo me estaba dejando besar por primera vez. Habérselo quitado a Gabrielle ya me parecía genial. Sus ojos, muy azules, su pelo largo y rubio, a veces me parecía salido de las novelas de *Femmes d'aujourd'hui*. Grité ¡si me viera mi madre!, a veces lo susurraba mientras me reía con Alberte tapándome la boca con la mano. Pero aquel era más bien un grito de victoria, primero porque la pobre mujer curraba en La Petite Vitesse, así que no había peligro de que me vigilara esos días, y además demostraba que me había atrevido, que le soltaba un gran ¡que te den!; un grito de asombro, en definitiva. Me dijo que era una cría por meter a mi madre en aquello, que yo era una persona libre y la única involucrada. Intentaba desabrocharme el vestido por la espalda. Fue justo lo que dijo, libre, pero me pareció que no podía aplicárseme hasta más tarde, cuando tuviera dieciocho años, quizá. Mathieu no sabía que esa tarde llegaría a casa con una sonrisa en la boca, voy a salir después de cenar, no sé a qué hora volveré, dadme una llave, pero vaya careto tenéis los dos. La libertad a lo grande no era tan fácil como proclamaba él, a los quince años y medio, cuando aún no ganas, como dice mi padre, sin mencionar qué, aunque no hace falta, pues para ellos solo puede ser dinero. La siesta de los niños estaba a punto de terminar y tenía que volver con Gabrielle y su chico. Pegaba todo su cuerpo a mí, contra el árbol, y de repente dejé de ser espectadora, era como si mi cuerpo se me subiera a la cabeza. Esas palabras de doble sentido, que no nos atrevíamos a utilizar en absoluto precisamente por su significado obsceno —empalmar, restregar—, me venían a la cabeza, pero ya no eran bochornosas. Volvieron a serlo más tarde, cuando se lo conté a Gabrielle; no tenía muchas más palabras. Al principio, Gabrielle me puso

cara larga y solo dejó caer una frase, los ligones se los regalo a quien los quiera, así que no le dije ni mu hasta que llegamos a su casa. La necesitaba para salir, no rompí la relación; hay que ver lo que nos obligan a hacer los padres, sin imaginárselo. Esa primera vuelta a casa, después, realmente no puedes comportarte con normalidad, abrir la puerta de la entrada como cualquier otro día y actuar como si esa tarde fuera igual que las tardes de la infancia de hace unos años. Él me llamó Anne, así que yo me repetía Anne, lo más bonito es siempre aquello que te retrotrae a cosas que ya has leído o visto; Anne, en boca de alguien, en una película tal vez. Tenía que volver a ver a mis viejos, mi madre levantó la cabeza del plato, que nadaba en salsa; habría preferido dormir unos días en otro sitio, en casa de una amiga, no tener que ocultarlo todo. ¿Por qué siempre tenemos que volver a casa? En primer curso, un día, después de la escuela, me pregunté ¿por qué volver a esa casa y no a otra, con esa familia y no con otra?, ¿acaso porque mis pies me llevan por la acera a las casas de la Rue Césarine, porque los perros y las gallinas no se equivocan y hay que hacer lo mismo que ellos? Pero ¿por qué yo y ellos, mis padres, y no otros? Aún no sabía lo del nacimiento, la sangre, la leche, todas esas cosas que echaron mi pregunta por tierra. Entonces volví a hacerme la pregunta. Si hubiera podido contárselo todo, no habría tenido esas ideas extrañas. Mi padre leía *Paris-Normandie*. Corrí a mi dormitorio a recordarlo todo. Se acabó el compartir con Gabrielle, solo en la imaginación cortamos a un chico, para ti la parte de arriba y para mí la de abajo, Alberte. En la cena mi madre comió mucho, se quejó —mis piernas, mis piernas — para fastidiarle las vacaciones a mi padre. Tiene arrugas en las mejillas, me parecía muy mayor, cuarenta y ocho años. A causa de la muerte de mi abuela todavía evitaba los colores claros. Hace mucho tiempo que no nos besamos por placer, ella y yo, únicamente por obligación cuando nos separamos por un tiempo, y como eso casi nunca ocurre, quizá hace tres años que no le doy un beso. También se acabó algo más entre mi madre y yo. Cómo decírselo, inimaginable, ella presume de que había sido muy formal, hasta cuando trabajaba en la fábrica; yo tenía mi moral, no me hubiera gustado que me llamaran mujer de culo alegre, decía ella, y yo me reía solo de imaginarme la estampa. Al desnudarme descubrí un rastro de hierba en mi vestido, qué sudores si lo hubieran visto, tendría que estar más atenta a todos los indicios y ponerme las gafas cien metros antes de llegar a casa.

Gabrielle y yo seguíamos tan amigas, no quedaba más remedio, ella también necesitaba una coartada para sus escapadas a Le Point du Jour. Ay, si pudieras salir por la noche, reclamaba Mathieu. Imposible. Así y todo, teníamos que redoblar nuestros esfuerzos. Otra tarde, después de pasar dos o tres días entre charlas y toqueteos, fuimos hasta el puente del ferrocarril, debajo de las vías, como decíamos Alberte y yo. Allí abajo estaba todo verde, lleno de caracoles del color de las piedras, y nos quedábamos las dos, valientes, hasta que pasaba un

tren, con el mundo cayéndose a pedazos por el estrépito, Alberte decía que por allí solo andaban los tarados, un mudo con su fusil, un loco que debería estar encerrado. No me encontré con el mudo, no había tren, Mathieu y yo salimos a la luz de un campo de avena. Caminábamos solo para hacer un descanso entre las paradas y luego me dio miedo sentarme y quedarme mucho tiempo en el mismo sitio. Pero era un campo. No sé si debí dejar que sucediera tan rápido, en realidad nunca he conocido bien el código, la moral es algo que se aprende sobre la marcha, al menos en mi caso, porque mis padres no me enseñaron nada. Otras chicas quizá tienen más oportunidades y deciden qué día ligarán, follarán, tal edad, tal tipo, cachas, eso es seguramente lo que me faltó a mí, pero por qué esa diferencia. Mathieu decía que todo era natural. Pensé en un anuncio de una revista de la sala de espera del oculista, el sujetador Lola evita la pesadilla del seductor, se abre por delante con un simple gesto. Pero no era tan natural como parecía. Quedaba apenas media hora, siempre calculando por culpa de los niños del campamento. Pánico total cuando me cogió la mano, noté algo demasiado vivo. Pensé en los váteres municipales, con firmas por todas partes —Tito, el del largo pito; Gaston, el del gran pollón…—, como los exvotos en las iglesias, pero allí no estaban muertos, sino vivitos y coleando, y bien tiesos, una forma de saludar a las chicas que se aventuraban a entrar, yo ya no podía hacer pis delante de esos enormes jeroglíficos. Todos unos obsesos sexuales. Es una opinión general; luego, al ver a Mathieu de cerca, no lo tomé por un obseso, pero por nada del mundo le habría mirado eso, aunque ese día por fin acepté saber cuál era el formato real de aquello que tanto me costaba imaginarme. Mamá, ¿qué es un virgo? Supe enseguida que era sobre todo el miedo a esa cosa enorme. Sabía que tendría todo que temer una vez domado a fuerza de verlo y tocarlo, cuando dejase de imaginarme traspasada y masacrada por esa «cosa» monstruosa dentro de lo que todavía creía pequeño y frágil; no te toques ahí, que te vas a hacer pupa, y el conejito es algo muy valioso. Pero enseguida se desinfló en mis manos como los estúpidos globos que me regalaba el vendedor de zapatos, y eso me tranquilizó un poco. Le dije a Gabrielle que yo estaba muy pillada, porque ella me acababa de confesar que le gustaba el Rata. Era una situación en la que todos salíamos ganando. Al final de la primera semana, Mathieu me preguntó, muy serio —tenía todo el pelo en la cara—, dime cómo se masturban las chicas; me sorprendió que alguien pudiera hacerme una pregunta así, básicamente era lo que hacíamos, pero las palabras no me parecieron correctas, parecían salidas de los váteres municipales y luego, encima, no me digas que nunca te has sobado con una chica, sois todas un poco tortilleras. Era la primera vez que oía ese apelativo, se entendía bien, pero todo ese vocabulario me parecía fuera de lugar y me puse triste. Creo que es mejor no poner nombres, o inventárselos; a lo mejor los chicos no tienen mucha imaginación y repiten las mismas palabras de una generación a otra. Alberte y yo teníamos muchas palabras secretas; para los hombres, *piruleta*,

churrilla; para nosotras, *toto* o *eso*; invertíamos los géneros en nuestras denominaciones. Con Alberte todo eran juegos, sin antes ni después, no supe explicarle a Mathieu por qué nunca había sido tortillera. Nunca sentí miedo con una chica, ni siquiera cuando nos quedábamos solas en el cobertizo de las herramientas; el pánico lo provocaba la diferencia. Debería haber desconfiado de él, con esas expresiones, las que se te quedan son siempre las más soeces. Otro día me atreví a decirle que mi padre era obrero, ahora no del todo porque era capataz, y que mi madre también había sido obrera y ahora llevaba un tiempo sirviendo en La Petite Vitesse, y que pronto ya no tendría que trabajar más. Me costó un poco confesárselo, aunque supiera que se cagaba en los ricos. Esbozó una sonrisa extraña y soltó una perorata terrible y complicada, totalmente nueva para mí; llamaba a aquello alienación, al principio lo confundí con el manicomio y los chalados. Así que mis padres estaban alienados y, naturalmente, no lo sabían. No eran solo ellos, había mucha más gente, en cierto modo me tranquilizaba; me llamó estúpida, me dijo que no pensaba como debía. No me enfadé, estaba aprendiendo cosas y cuando aprendo cierro el pico. Mathieu se armó de paciencia, empezó de nuevo, tus padres, ya ves, están contentos de tener su casa, incluso hipotecada, y eso les impide aspirar al poder, a tener responsabilidades, a querer ser libres. No me atreví a decirle que no estaba muy segura de que mis padres desearan todo eso, responsabilidades, o incluso la libertad. Me obligan a seguir estudiando para ser mejor que ellos, para ganar más dinero, no por la libertad. Qué debía hacer para cambiarlos. Me hacía gracia, Mathieu, con sus lecciones; hay que llenar el buche, así que habrá que currar, en mi casa no tenemos estudios ni dinero como para ser libres, así, de golpe. ¿O nos ponemos a vivir como los gitanos? Hablaba como mis padres, pero no se me ocurría otra cosa. Mi primo Daniel, un bala perdida, no salió adelante. Mathieu se olvidaba de ir más lejos, como cada día, en esto de juntar piel con piel; había que luchar por un cambio en la sociedad. A mí también me gusta la idea de la revolución, el único periodo interesante de la historia, con Juana de Arco achicharrada, pero no veo para qué sirven las constituciones. De niña soñaba con el fin del mundo, con agarrar todo lo que había en los escaparates, sobre todo pasteles y bombones, y dormir en las bonitas habitaciones decoradas de las tiendas de muebles de la Rue du Calvaire. Se me caía la baba cuando mi madre me contaba que en el 40, durante la guerra, la gente saqueó las tiendas; no patanes, sino gente como nosotros, pero durante las guerras se pierde todo sentido de la moral, añadía mi padre. Me habría encantado perderlo. Aunque parece que la felicidad no consistía en eso, llenar el carro de la compra, tener dormitorios bonitos y vacaciones pagadas al sol. Mathieu era testarudo. También me resultaba difícil imaginar la verdadera libertad cuando ni siquiera sabía cómo era. El amor, el campo de avena, los padres lejos, la escuela como si ya no existiera; sí, por fin lo entendí. Deberías hacer el amor, no es sano ser virgen, ya

sabes. No he olvidado nada, las frases vuelven una y otra vez, ya no me libraré de ellas, empezaron por reducir a nada las de mi familia, las únicas que podían oponérseles; las de los profesores, de todos modos, no nos las creíamos mucho. Me gustaba escuchar a Mathieu. Fue la mejor quincena de agosto de mi vida, incluso cuando no iba al campamento de Le Point du Jour y me quedaba pudriéndome sola en casa, porque no paraba de hacerme preguntas. Toda esa gente en el supermercado, en sus coches, que no sabía que estaba desperdiciando su vida. Me sentía superior sabiendo eso, y me sería de gran utilidad en el futuro porque, de momento, lo que veía era a mis viejos salteando las judías verdes del huerto, las más tiernas; lo que han de comer los gusanos que lo disfruten los humanos, el refrán favorito de mi padre después del almuerzo y mientras se despereza; no veía cómo podía hacerles sentir que estaban siendo explotados, los infelices, sin darse cuenta. Mathieu me había hablado largo y tendido de las masas populares, pero por la noche, frente a la tele, su historia no era muy real, eso de la masa parecía algo completamente abstracto. Hacerse con todo, reventarlo todo, con las mejillas brillando al sol y el puño en alto, la bella imagen roja que no pegaba con ellos. En primer lugar, nunca quieren pedir nada a nadie; si necesitan una autorización para algo, se visten bien, hablan educadamente, puede que por eso no consigan nunca nada. Mi padre solía servirse un vaso de vino peleón, bien calculado, ni una gota más. Era yo la que estaba descontenta con su alienación, sí. Veían el programa de un mago en la tele, salían unos catetos, se enredaban en las respuestas y el tipo del programa, con aire elegante y haciendo como que no entendía nada, ¿qué quiere decir usted?, repita; los otros, orgullosos de salir en la tele, no veían que les estaban tomando el pelo. Dije este programa es una estupidez; déjanos en paz, algo habrá que ver; este mago está tomando a la gente por tonta; no vamos a compadecernos de ellos, si van es porque quieren, nosotros no iríamos. Intenté seguir, ya ni me escuchaban; basta, no nos enteramos de nada. Llevan siendo mis padres demasiado tiempo, nunca podré darles una educación política. ¿Qué habría dicho Mathieu en mi lugar? Pero no eran sus padres. Habría preferido quedarme fuera, caminando sin más toda la mañana hasta que Gabrielle viniera a buscarme en bicicleta. Hacía todos los recados que podía para salir sin levantar sospechas, salir por salir siempre da mala espina. Dejé de saludar a las mujeres que dudaban antes de contestarme. Definitivamente. Si te he visto, no me acuerdo, más fácil que susurrar un vago hola que se te queda atascado en la garganta. Cuando me iba en la bici, él no pensaba en nada mientras se ocupaba del huerto, los padres que imaginan cosas son forzosamente unos cabrones, se ponen en el lugar de los chicos que van con sus hijas. Y ella, siempre ojo avizor, no se enteraba de nada. Era ella la que se ocupaba de la higiene de mi toto, sola; no debes dejarte tocar, Anne, dime si alguien… Tocar, menuda broma, no es eso lo que está mal, es el placer, se entiende enseguida. Alberte decía que su madre decía que a las mujeres no les

gusta eso y, en el columpio, me juré que me gustaría aunque supusiera no ser normal. El comienzo fue bueno, tocar era lo que producía placer, qué espabilada era mi madre, a mis cinco años ya se imaginaba lo que iba a pasar. Cuando salí en bici esa tarde del 14 de agosto —siempre miro el calendario, aunque ya sé que no tiene sentido; 14 de agosto, san Everardo, el sol se levanta a las cuatro y cuarenta y cuatro y se pone a las diecinueve cero seis, el horóscopo ya no me interesa—, necesitaba algo para mí sola. Recorrí, como siempre, los tres kilómetros en bici por la carretera nacional, antes que de costumbre y sin Gabrielle, mis viejos se fueron a Le Havre proclamando que no eran unos pringaos, que tenían que aprovechar que estaban de vacaciones. Me venía al pelo, Mathieu tenía el día libre. Debió de planearlo todo, la moto, el itinerario, es difícil decir si yo lo sospechaba, tal vez hasta lo acordé de antemano. Así que es culpa mía, a mi padre siempre lo he oído decir que el hombre propone y la mujer dispone, y, más adelante, Mathieu dirá, con aire malicioso, la mujer se da y el hombre se presta. Tampoco esas palabras me parecen las adecuadas, no las entiendo; yo estoy aquí, enterita, tengo hambre, orino, duermo, me miro desnuda, no he dado nada, él no me ha sustraído gran cosa y, para colmo, lo hizo de pena. Ese no es el problema, no sé qué significa ese día, salvo que estoy segura de que no puedes empezar a tocarte ni con la yema de los dedos sin querer hacer todo el recorrido. Nunca me había subido a una moto; el viento, el casco…, nadie habría podido reconocerme con él puesto, un cuerpo tan ligero pegado a esa gran cabeza pesada, o al menos así la sentía yo. Tenía miedo de morir y de que mis viejos preguntaran qué hacía allí, en la carretera de Veules-les-Roses; podía ocurrir precisamente porque no lo sabían, o una avería, y yo volvería a casa por la noche, helada. La carretera se veía azul, hacía más de un mes que no llovía ni una gota, lo que también disminuía mi capacidad de resistencia, mi cuerpo fundiéndose en el aire, apenas si sentía que me pertenecía. Aparecieron los tejados a nivel del mar y los acantilados se abrieron a ambos lados. Hasta entonces solo había estado en Veulesles-Roses con mis padres, los domingos de verano, comíamos huevos duros en la playa y mi padre se dormía debajo de una toalla, a veces también con los primos, con Daniel, y mi madre me escondía mientras meaba y el pipí se me escurría por la pierna al pie de un acantilado. Bajamos despacio hasta la playa, en moto, nos bañamos, intenté no mirarlo de arriba abajo con demasiada desfachatez mientras estaba en bañador, pero no pude evitarlo porque me resultaba extraño vernos casi desnudos delante de todo el mundo. Nos fuimos bastante rápido, no le gustaba el ambiente de bronceado, casino y juegos publicitarios. Sin embargo, a mí me habría encantado tropezarme con alguna chica del colegio, por ejemplo. Tomamos una copa en un bareto de la carretera, en Héricourt, y unos tipos nos echaron el ojo y empezaron a hacer alusiones, hasta que se dirigieron directamente a nosotros; eh, tú, espero que ya le hayas echado la puerta abajo con tu ariete, en mis tiempos yo no tenía rival. Se echaron a reír, uno no hablaba y el

otro, cada vez más excitado, pues fíjate que se la clavaría con gusto a tu amiguita. A Mathieu le parecía gracioso, natural. Es curioso, al escucharlos me pareció de repente que todo era normal, que ya no existían viejos verdes ni obsesos, ni aquel viejo baboso que quería lamernos el ojete, como nos dijo a Alberte y a mí. De repente todo el mundo se dedicaba a «aquello», no había diferencia, los viejos, los feos, la mujer que pelaba judías en una mesa del bar, ella también. Hasta mis padres, aunque sigue repugnándome imaginármelos en esas circunstancias. La Coca-Cola estaba tibia. Tenía que estar en casa a las seis. Quedaba una hora y media. Sabía lo que venía después, sí-no, siempre había ese vacile entre los dos. La moto no se averió, yo no me caí y procuré que no me quedaran manchas de hierba en el vestido rojo, son muy difíciles de quitar, y mi bañador mojado estaba enrollado en una bolsa de plástico. Lo había imaginado como el resto, muy suave, y fue como un puñal, lo había leído en alguna parte, siempre me han interesado esas descripciones, casi podría citar de memoria todos los libros que he leído donde se aborda la cuestión. Y durante una hora apreté los dientes entre lágrimas, soñé con anestesia, que luchaba contra no sé qué, me sentí humillada. Tal vez no había esperado lo suficiente, tal vez aún tenía miedo de «aquello», inmenso. Estuve a punto de echarme atrás, no, en otro momento, necesito tiempo, prepararme. Me sentí ridícula, y él protestaba, a punto de tirar la toalla, decía que no estaba bien hecha, qué va, era una broma, claro, pero no estaba fácil la cosa. Alberte, la primera vez quiero que sea en el mar, en el agua, pero sobre todo en el mar, para no ver cómo entra eso en mí, que sea un deslizamiento imperceptible. Cuando por fin lo logró, un vacío brutal, siempre me pregunté qué pasaría en el interior. Nada. Ni siquiera me enteré de dónde terminaba el túnel. Mi madre quiso hacerme un agujero en las orejas y yo me negué. Un acto médico. Hay que ser retorcido para preguntar si te gusta; no es la pregunta adecuada cuando lo único que quieres es gritar de dolor. Fue la primera vez que me atreví a mirar su sexo a la luz del día. Que lo deseé, como un derecho, como quien examina el torno del dentista. Guardé las bragas en el fondo del armario de mi cuarto, las saco de vez en cuando porque son un signo, como el 14 de agosto en el calendario, pero son más personales que un calendario. Lo único que queda es un olor ácido a ropa interior usada, y las he mirado tanto que ya no sé lo que significan, es tan solo un dibujo rosa y amarillo en un trozo de tela, y me recuerda a la reproducción de la cabeza de Cristo impresa en el sudario, una cosa descolorida de color gris sangre que solía ver en casa de mi abuela y que me daba miedo. Estoy fingiendo que hubo un antes y un después. Mamá, ¿qué es un virgo? No es un pájaro ni nada; en todo caso, no es la piel rota lo que marca la diferencia, sino el montón de pensamientos que seguí teniendo después de separarnos, en mi bicicleta, y luego en casa, donde mis padres aún seguían levantados aunque ya eran las siete. Me dije que, en teoría, ya podía morirme, puesto que lo sabía todo. Tendría que vivir con aquello para siempre, algo

bastante ordinario al fin y al cabo. Se acabó lo de soñar, una y otra vez, qué pasaría. Ya había pasado. ¿Cómo podía la gente agolparse en los cines porno de Le Havre? Antes, yo echaba un vistazo a los carteles, ahora ya no. Me subí la gata a la cama. Está preñada, dijo mi padre, que tiene buen ojo. A pesar de todo, me pareció que las cosas no habían transcurrido como debieran; de no ser por toda esa gimnasia ridícula y dolorosa, me habría enamorado de Mathieu enseguida, me gustaba su imagen sudorosa. Seguía sin poder tocar el lugar donde se había producido la transformación; él me dijo al marcharse, poniendo su mano ahí por encima del vestido, ahora esto es mío. Pero a mí me parecía que no pertenecía a nadie, que había perdido el conejito bueno e ignorante de mis ocho años, aunque, bien pensado, ya entonces era un bicho agazapado, al acecho; no sabes muy bien qué quiere, y a eso lo llaman pureza. En absoluto. Pero en su lugar yo aún no tenía nada. Mi madre le da un nombre gracioso, su cruñuñú, objeto innombrable, puaj; yo, desde luego, no tenía eso. Y luego pensé en serio que aquello no era cosa de los padres, y de repente no los temí tanto. Seguía viendo a esas chicas que se marchan de casa del brazo de un chico, a las que se casan embarazadas, Alberte y yo nos preguntábamos dónde podían haber hecho eso. Ahora yo también lo había hecho. Me sentía orgullosa. Y por fin podría ponerme támpax. Quería escribir, pero no sabía por dónde empezar porque siempre hay que retrotraerse mucho: a Gabrielle, a la reválida, incluso antes, al sueño; remontarme lo más lejos posible y luego llegar hasta hoy, pero tendría que cambiarme el nombre, eso sería más apropiado, y utilizar el pretérito indefinido porque queda más elegante, y así podría contarlo todo sin desvelar mi identidad, así que busqué un bonito nombre, Arielle, Ariane, Ania, para que al menos coincidiera la inicial, pero con un nombre tan bonito ya no sería yo, aquella tarde no me interesaban las historias de los demás. Entonces garabateé una frase, de esas que te inventas mientras escribes, me gustaría marcharme de aquí, y la taché, no es algo que una diga en serio, o si no… Puse unos discos, sin prestarles atención, me encantaría saber tocar un instrumento, la guitarra, por ejemplo, pero mis viejos nunca quisieron, para qué, te quitará tiempo de estudiar. Llegaron a casa sobre las ocho por culpa de los atascos y no hablaban de otra cosa, y luego dijeron que estaban reventados, reventados de verdad. Me alegré de que tuvieran un tema de conversación. Al día siguiente, nos pusimos morados con la habitual comilona del 15 de agosto, aunque yo habría preferido correr a casa de Gabrielle para contárselo todo. Y luego volver a verlo a él. Habían invitado a mi tío Jean, a su mujer, por supuesto, y a su hija, mi prima de doce años, que ya vino al entierro; no tenemos nada que decirnos, es una cría. A mitad de la comida volvió a darme el bajón de costumbre cuando todos se pusieron a chismorrear, a atiborrarse. Quizá se imaginaban que a mí también me gustaba tener el culo pegado a una silla tres horas seguidas, las historias de supermercados, esto y lo otro está barato, y Anne, di algo, desde luego, ¡parece que le haya

comido la lengua el gato a tu hija! Y ellos, que solo piensan en comer y en beber, además de dar el coñazo, una familia abotagada, no aguanto esa vida y me dio la impresión de que querían juventud a su alrededor para no envejecer más. Mi primita se levantó de la mesa, le dieron permiso hasta la hora del postre; si hubiera podido hacer lo mismo, me habría ido a comer un yogur a mi cuarto o al fondo del huerto, a soñar. Había manchas en el mantel bonito, restos de pollo en el borde de los platos. Seguro que un día me volveré loca en mitad de una comida familiar. Me asfixiaba. No querían darse cuenta, y yo, como Mathieu y todos los jóvenes, sabía que la vida residía precisamente en gestos que ellos se esforzaban en disimular. Un día ella, entre risas, les dijo a unos recién casados muy jóvenes o espabiláis u os quedaréis a dos velas, un doble sentido, pero que para mis padres traduce sobre todo la inminencia de una situación precaria. De repente lo vi claro, a ella le da miedo que salga por ahí a ligar por si dejo los estudios, porque entonces todas sus esperanzas se vendrían abajo. Quizá fuera porque estaba de vacaciones, pero me decía que todo iría bien en el insti, que nada se vendría abajo, al contrario, ahora que había hecho el amor tendría una cosa menos en la que pensar. Come judías verdes, no engordan. ¿En qué radica la felicidad para ellos? En comer, en volver a comer, en comprar cosas, en ver la tele por la noche u hojear el periódico, en dormir bien…, qué razón tenía Mathieu, alienados hasta las trancas. Aunque quizá su felicidad fuera yo; uf, prefería no pensarlo. Solo de imaginar que podría pasarme algo malo, yo me entiendo, y que ellos se angustiarían…, pero me las arreglaría, nadie sabría que estuve en el hospital; joder, eso de quemar etapas al final también me mortificaba a mí. Los sentía a todos tan lejos… Ese día, en la mesa, me acordé de una historia de *Intimité*, testimonios de vivencias reales, a mi madre le encantan, una chica se escapa de casa, vive en la miseria y vuelve, sus padres oyen llorar a un bebé en la habitación, la perdonan. Me descolocó por completo. ¿Qué relación podía haber entre acostarme con Mathieu y no llegar a maestra o a secretaria de dirección? Me daba la impresión de que para mis padres sí la había. A mí también me gustaría ser mejor que ellos, ya lo creo, tendría que estar zumbada para desear vivir así. Jamás. Ella no lo dice, en realidad, pero nos entendemos, ser obrero es una mierda, a veces me entran ganas de decir lo mismo que ella cuando viene gente a vernos, no se fijen en la casa. ¿Quién podría decir que está mal prosperar? Es curioso, pero basta con que esté un rato con ellos, con mis padres, con la familia, escuchándolos, viendo a mi madre correr de la cocina al cuarto de estar, grávida y con la falda que siempre se le remanga a fuerza de hacerse pliegues al sentarse, y luego a mi tío Jean, que me sonríe por nada, orgullosísimo de mí, y ya no sé quién tiene razón, todo se embarulla, lo que dice Mathieu y lo que ellos dicen. No soportaba estar en la mesa aquel domingo 15 de agosto. ¿Cómo lo hacen los demás?, me parece que una está forzosamente tensa con la familia después de meterse por un camino y no precisamente a buscar moras. Me vinieron a la

memoria los viejales del bar de Héricourt con su parloteo, ayer a esta misma hora, y luego aquello, y luego el vacío en el estómago… Todas esas cosas existían, aunque yo no veía ninguna relación entre ellas; si la hay, aún no me la han enseñado. ¡Vamos, Jean!, ¡la espuela!, no todos los días es 15 de agosto; ¿qué haces, Anne?; está descansando; con razón, los estudios son agotadores; tiene que ser así si quieres llegar a alguna parte. De qué Anne hablaban. Esa noche, mi tío y mi tía se quedaron a cenar las sobras con nosotros, como siempre, como si no pudieran marcharse. Vuelta a las mismas conversaciones, vuelta al pollo, esta vez frío, en el plato, y mi prima de doce años, inocente y a la que sin duda le gustaría que le enseñara cosas, ya puedes esperar sentada, he acabado con mi infancia y, por consiguiente, con la de los demás. Después de un día así, inevitablemente, decidí reincidir cuanto antes. De entrada me había faltado el deseo.

Al día siguiente, Gabrielle parecía una vieja arpía a los pies de su inmueble de protección oficial, en el césped abrasado por el sol; menos mal que somos amigas porque no fue fácil tener que verla de morros y aguantar su tendrías que haber dejado a tu chico en barbecho un poquito más. Yo estaba orgullosa de habérselo contado todo, aunque el relato fuera más bien médico y técnico, que resulta menos comprometedor. Esperaba que, a cambio, ella hiciera lo mismo, que fuéramos dos personas compartiendo la misma experiencia, ella me dijo si tú lo haces, yo también lo hago. Nada especial, me entiendo bien con el Rata, es un tipo estupendo, ¿sabes? Escurría el bulto, la muy guarra, vieja bruja, con aquellas piernas de ciclista. Pero si la dejaba sola en su césped, rumiando su cobardía, yo no habría tenido con quién hablar. Siempre me he impuesto los supuestos deberes de la amistad, la confianza y todas esas chorradas; bastaba con ver a Gabrielle ahí, encantada de saberlo todo sobre mí y de callarse, para comprender la falsedad de los grandes sentimientos. Céline, tal vez, pero su mente no era lo bastante retorcida para que nos lleváramos bien, nunca lo conseguiría. Solo quedaba Alberte, pero ni con esas, es cierto que todo estuvo a punto de irse al carajo la tarde en que mi primo Daniel le puso la zancadilla mientras corría, ella se cayó y él, para levantarla, le puso las manos en abanico sobre sus pechos incipientes. Me he reído tanto, me explicaba ella, que casi me hago pis en las bragas. Aquellas manos tan bien colocadas se interpusieron entre nosotras, aunque no dijéramos nada. Con Gabrielle era un poco lo mismo.

El campamento terminaba el 30 de agosto, se marcharían. Cuando no estás limitada por el tiempo, cuando tienes todo el año por delante, puedes reflexionar, quizá creyera que iba a morir al final de las vacaciones. Tener un accidente de bici. Encontramos la manera de colarme, durante la siesta de los niños, en la habitación de Mathieu sin que su director lo notara. Ya no decía si mi madre me viera porque había dejado de verla, a veces me daba miedo perder la noción del tiempo, quedarme hasta la noche, espantoso, pero imposible, tampoco era yo tan imprudente, en el fondo. Me acostumbré al vacío interior de mi cuerpo, al final

no jugaba un papel importante en que la cosa saliera bien, pero no me atrevía a confesárselo, Mathieu se habría ofendido. Me decía que era normal, que si el placer solo se encontraba en el fondo, las chicas no podrían sentirlo hasta que no las atravesara un hombre, lo que me parecía absurdo e inmoral. Cuando salía de Le Point du Jour, me quedaba un rato con Mathieu, y los chiquillos del campamento gritaban ¡esta es tu mujer!, seguido de un ¡sí! en señal de victoria. Normalmente no me gustan los mocosos, todavía los noto demasiado cercanos en el tiempo, pero allí estaba yo, viéndolos jugar al balón prisionero, cantando *Vamos a contar mentiras, tralará*, era como si estuviéramos en el mismo círculo. Todos parecían felices, también los medio atrasados, con sus ojos grandes y la vela colgándoles de la nariz. Envidiaba a las monitoras, me habría gustado quedarme ahí con Mathieu y los críos. En aquella época me dio por amar a todo el mundo, especialmente a los desheredados, qué palabra, los que no tienen nada, como dicen mis padres, los feos. Quizá me sentía superior por haberme tirado a un tío que no estaba mal. Necesitaba, sobre todo, sentirme cercana a ellos, a los niños, a los viejos, incluso. De pequeña, odiaba a los carrozas, con esas malas maneras que tienen siempre los viejos. Se acabó. Cercana por qué, si no había relación alguna entre sus cuerpos desgastados, su mirada babosa y mi descubrimiento. Tampoco había ninguna conexión entre mi felicidad y cosas como las definiciones del diccionario que encontré cuando tenía doce años. Difícil de definir, siempre se puede hablar de los gestos, pero no del placer, es como un secreto. Una tarde me puse en la lucerna de su cuarto, lo veía fumando en la cama y la luz del sol le seccionaba el vientre. Escribiría, sí, un diario íntimo, describiría su dormitorio, tal vez su sexo, con otras palabras, escuchábamos a Jimi Hendrix, nunca había sentido tanto el presente y si tener dieciséis años era eso, los días llenos hasta decir basta, era feliz. Toda mi infancia cobró sentido de repente, desembocaba en aquello. Vacaciones, jugamos al escondite en casa de mi abuela en octubre, espero a que alguien me busque detrás de la casa, entre las ortigas, me han olvidado; el silencio, extraño, es total; soy Anne, Anne, A…nne; ante mí, el futuro, vivir hasta ese futuro. Me uno a los demás, es como si hubiera visto a la Virgen o a cualquier santo que se aparece en una nube. Y ahí estaba yo, por fin. Armonía. Hablar los dos juntos, con los otros monitores también, me enseñaron muchas expresiones con las que no estaba familiarizada, *está dabuten*, *se la han metido doblada*, *darse el piro*, y entendí mejor la diferencia entre la izquierda, la derecha, los anarcos, los comunistas. Creo que hoy seguiría perdiéndome, aunque ahora me da igual, mientras no haya convivido con gente así siempre me parecerá un lío, mis viejos no son nada. Los profes, antes muertos que confesar de qué pie cojean, hasta parece que no tuvieran derecho, la verdad es que sería muy útil, sabríamos qué relación hay entre sus ideas y lo que dicen y no tendríamos que adivinarlo. Cuando escuchaba a Mathieu, todo lo que decía me parecía justo e inteligente, salvo algunos detalles que me fastidiaban, pero seguro

que era porque no acababa de entender bien. Afirmaba que la clave era educar a las masas. Tenía razón, y cuando veía a los chavales correteando por el campamento, me entraban ganas de ser maestra de verdad y no solo porque fuera un buen trabajo. Pero no podía con la palabra «masa», siempre habíamos andado a la greña en mi familia, en el barrio, no era la idea que yo me hacía de una masa, y en cualquier caso seríamos una especie de bloque gris, conmigo en medio, qué desolador era eso de la masa. Aprender la responsabilidad y la libertad, palabras que sonaban muy reales, sobre todo porque era verano, hacía calor e íbamos ligeros de ropa. Volver a mi casa era como volver al establo; Dios mío, por favor, que no descubran nada de lo que hago. Cómo iba a convencerlos, los izquierdistas rompen ventanas, no cambiarán de idea. Hablaban del tiempo, del huerto, de la cantidad de gente que hay en la carretera, ¿cómo sacar el tema de la revolución? Tendrían que ser otros los que la hicieran por ellos, e incluso así no estarían de acuerdo; ¿qué saldremos ganando?, antes las cosas no eran así. De todas maneras, no deseaba la revolución para mis padres; cuando me imagino la revolución, nunca aparecen ellos. Mathieu decía también que no debía olvidar jamás que yo pertenecía a la clase obrera, que era importante; al principio casi me daba vergüenza, y lo que me sorprendió es que fuera así desde siempre y no me hubiera dado cuenta antes. Porque no te puedes comparar con los burgueses, ¿conoces a alguno? Conocer, lo que se dice conocer, no; buenos días, buenas tardes, sí; al oculista, por ejemplo. Los profes no cuentan, no se sabe en qué bando ubicarlos. Una tarde, todos juntos, armamos jaleo en el pueblo cercano al campamento, nos pusimos a cantar *Es un pájaro* delante de los paletos callados como tumbas. Yo gritaba más fuerte que nadie, estaba contenta de mostrar mi liberación delante de personas que se parecían a mis padres, desconfiadas, y allí corría menos riesgos. Pasó más de una semana y me pregunto cómo puede ser que mis viejos no se dieran cuenta de nada, de mi aspecto, de mis retrasos; a veces, no sabría decir qué hacían durante todo el día, salvo que mi madre iba a La Petite Vitesse de vez en cuando, yo le seguía la pista, y entonces es cuando descubres que los padres son impasibles. No sospechaban nada, quizá porque andan con el santo en el cielo pensando solo en lo que quieren hacer conmigo y no se fijan en lo que deberían fijarse, o puede que necesiten tiempo para reaccionar.

Nos juntamos para celebrar el cumpleaños de una monitora, la que mejor me caía porque era tranquila, nadie sabía con quién se acostaba, era misteriosa, me gustaría ser como ella cuando tuviera veinte años. Llevo toda la vida mirando a las mayores, a las altas, y me digo que yo seré así; pensándolo bien, sé que es imposible, pero sigo convencida porque da mucho miedo decirte que nunca te parecerás a nadie. Bebimos mucho champán del malo y cantamos las canciones de los niños y luego alguna cosa más cochina, como decía Alberte. Pero al final daba igual lo que fuera con tal de reírnos un rato. Y Yan, frente a mí, que no se

acostaba con nadie y que tocaba la guitarra, con su carita fina; nunca sabré cómo se las habría arreglado para ligar conmigo, cómo me habría hablado después, un muchacho misterioso también. ¿Amigos?, menuda chorrada, una cortina de humo. Así que eché en falta de antemano lo que nunca sucedería. *Boga, boga, marinero*. Me agarraban de la cintura, Yan por la derecha y Mathieu por la izquierda; de repente, la canción se oyó lejana, algo pasaba por debajo, dentro de mí, el lado derecho entró en pánico. Pensé que Yan me había acariciado. Debería haber tenido una batalla moral, al menos podría habérmela jugado a cara o cruz para decidirme. En lugar de eso, cantaba con todas mis fuerzas celebrándolo por adelantado, como si fuera cosa hecha. Demasiada tendencia a creer que solo se puede hablar libremente después de tocarse, algo imposible de practicar en la vida corriente, aunque bien mirado… Y entonces Mathieu estaba lejísimos, aquel mes de agosto el pasado importaba menos que el futuro. La curiosidad es bastante normal a mi edad, lo contrario sería extraño, solo que te empuja a hacer tonterías y, además, las chicas curiosas están mal vistas. Ahora cada vez lo soy menos, estoy como seca por dentro. Eran casi las seis, la hora de la cena de los críos en el campamento, él tenía prisa, llegamos al campo de avena, me parecía un poco fuerte, el mismo sitio que con el otro chico, piensas mal de ti misma por culpa del decorado, ese campo de avena era tiempo que pasaba y no pasaba a la vez. No hablaba mucho, aunque al principio no es tan grave. Pero el principio no duró más de cinco minutos, mi excitación no seguía a la suya, a él se la traía al pairo. Comprendí que se comportaba brutalmente porque estaba tomando el relevo de otra persona, por así decirlo, debía de estar pensando en ello todo el rato. Yo no me preguntaba por las chicas con las que él había estado antes. No lo habíamos aclarado, y sentí que siempre me vería como una tía facilona. Dime, ¿vendrás a verme a mi cuarto? Me negué. Ya de vuelta, me explicó que la monitora que me caía tan bien era su chica, que sería mejor que no se enterase de nada, oh, aunque esto no ha tenido ninguna importancia. Por primera vez se abrió una brecha terrible entre los chicos y yo; hasta entonces me parecía que éramos iguales, al menos en momentos así, pero algo se me escapó. Protesté, casi gritando, que no tenía derecho a decir eso. Yan, cuando siento algo que no puedo explicar, grito que no hay derecho, esa palabra lo significa todo para mí. Y el tipo se permitió soltarme una moralina. Si no quieres que te traten así, no debes pensar en ti como un objeto que cambia de manos. En aquel momento, estaba claro, me arrepentí de todo y sentí que Mathieu podría tener la misma reacción, que me mandaría a freír espárragos. Pero aun así creí que podría arreglarlo. Mientras iba en la bici, pensaba en que me gustaría que fuera ya mañana, para ver si Mathieu me ignoraría, si le haría comprender que Yan me importaba un comino; él, que había dejado a Gabrielle, seguramente no se atrevería a echarme nada en cara. Incluso Yan había pasado de su chica. Pensándolo mejor, no me sentí un objeto o, en todo caso, él también lo fue para mí, aunque eso no se le pasara por la

cabeza en ningún momento. Recordar sus aires de superioridad echó por tierra mis razonamientos; la lógica no vale de nada frente a la confianza de los chicos. Cuando llegué a casa, mis padres tenían un careto que les llegaba hasta el suelo. Al principio creí que era por mí; no, se habían pegado un golpe con el coche cuando fueron a dar un paseo y de compras; no lo viste al llegar, y mira que se ve de lejos, ¿eh?, pero el coche y tu padre nunca han hecho buenas migas; yo tenía otras cosas en que pensar. Es el problema de las vacaciones, rara vez pasan sin que haya alguna bronca, a fuerza de vernos, claro. Nunca hablé con Mathieu de eso, de las noches memorables, las conozco desde pequeña, se zurraban entre ellos y venía la policía, y yo me tapaba los oídos. Aunque ya no me afecta tanto. Aquella noche casi me alegré, así no tuve que abrir la boca. Tampoco era el momento de echar leña al fuego, yo creo que nunca se les pasó por la cabeza que sus discusiones pudieran afectarme. Que le den a su maldito coche; para empezar, cuando estoy dentro de ese trasto con ellos es como si me asfixiara, el olor a escay y todo eso, se quedan mirando la carretera como estatuas arrugadas; que se tiren del moño si les da la gana, a mí me habría gustado retroceder cuatro horas. Me lavé la cara y el pecho, no es que creyera mucho en el poder del agua, pero es algo que haces por instinto para quitarte a alguien de encima. Dios mío, haz que Mathieu no se entere. Mi cuerpo me pareció feo por primera vez en esas vacaciones. Puse la radio, sonaba la canción *Esperaré día y noche*, el presagio no era muy bueno. Cenamos y mis viejos se callaban, o bien ella soltaba de golpe no sé si estará reparado antes de ir a Le Havre, etcétera. Ayudé a fregar los platos y no paraba de pensar en el día siguiente, si se lo explicaría todo a Mathieu, o si quizá Yan no diría nada…, o ambas cosas. Cómo evitar que Mathieu supiera que —los pechos también, sí— a mí me apetecía; me miré con horror, no creo que los chicos se miren al espejo y digan me odio. Lloré contra la almohada para que no me oyeran mis padres, sobre todo mi padre, que tiene la manía de preguntar enseguida y de sopetón ¿qué coño te pasa?, que se podría traducir por ¿sabes que nos tocas las pelotas, y mucho, con tu manía de no ser feliz?

Al día siguiente fui a buscar a Gabrielle para subir juntas al campamento porque no estaba muy tranquila. Jura que me echarás un cable, tía, habla como si Mathieu y yo siguiéramos saliendo, te devolveré el favor. En el pasillo nos tropezamos con Yan, dije hola, con soltura, sonriente. Me decepcionó que contestara con prisas hola, voy a buscar a los niños, que tenemos que jugar a la búsqueda del tesoro. Mathieu salió de su cuarto y Gabrielle gritó bien alto ¡bueno, me piro!, nos vemos luego. Me di cuenta de que lo sabía todo por la cara de juez que puso. Hablamos de lo de ayer, si quieres. Está todo hablado; si te hacía falta más, haberlo dicho. Lo había previsto todo, menos las ordinarieces, y que de ahí no lo sacaría. Se acostó en su cama con los brazos detrás de la nuca; no soy un gilipollas, ¿sabes?, has llamado a la puerta equivocada. No había discusión posible, entonces me puse a su lado, dije cosas que sonaban un poco a película, y

cursis, no es lo que te imaginas, solo soy tuya; él estaba colorado, con el pelo todo revuelto, sin mediar palabra se quitó la ropa, solo la parte de abajo, quiso arrancarme los vaqueros que me había puesto esa tarde, me entraron ganas de vomitar, quería morirme, le quité la mano de encima. Pensé en las prostitutas. Alberte y yo hablábamos todo el tiempo de eso, como si nos apeteciera. Me manchó el pantalón, él estaba como loco, de rodillas encima de la cama con las piernas ligeramente separadas. De repente, me vi desde fuera, nada tenía ya sentido. Calientapollas, dijo. Pensaba como Yan y Yan pensaba como él, así hasta el infinito, y yo, en medio, como una mierda. Corrí hasta el váter que había en el pasillo. De los cuartos de las monitoras se filtraba la música, esa vida armónica me destrozó. Lloré con la cabeza metida en la taza, mucho rato, lavé las manchas del vaquero. En la escuela primaria, una niña se cagó en las bragas y ella lo ocultó, durante el recreo se pasó diez minutos en el váter, lo que pudimos reírnos. No me atrevía a salir, me había mojado entera al intentar lavarme, y Gabrielle, que se fijaba en todo, se daría cuenta, seguro. Seguía oyendo la música de los cuartos de las chicas, eso era lo peor. Miré por la rendija de la puerta entreabierta, nadie en el pasillo. Me largué, sabía que no querría volver a ver a Gabrielle nunca más. Después, ya en la bici, pedaleaba de cualquier manera, deseaba que un mal conductor me arrollase por detrás, no sentir nada y RIP. Lo más horrible era haber creído ver un atisbo de libertad con ellos, decían es malsano ser virgen, y hay que destruir la sociedad; vi la libertad un día soleado, en la cama, un día como este; menuda libertad de chichinabo. Ellos también tenían unas normas y yo no las conocía. Lloraba a moco tendido en mi bici. Era realmente duro verme fuera de un código que ni siquiera había imaginado. Era imposible que le sucedieran cosas semejantes a un chico, chicas que se ensañaran con él, que lo humillasen hasta volverlo loco. Me dio por pensar que me había saltado algo, unas reglas, no las de los padres ni las de la escuela, sino esas que estipulaban qué tenía que hacer con mi cuerpo. Deberían facilitarse las normas de lo que está prohibido y lo que no, luego cada cual elegiría y sabría a qué atenerse si escogía lo prohibido. Sobre todo cuando se es hija única. Cómo suponer que los chicos piensan y sienten distinto que yo. Todos me daban asco, me veía metiendo las manos en la taza amarillenta del váter para limpiarme el vaquero, los veía a todos chorreando esa cosa, y los coches avanzaban por la carretera nacional, algunos tocándome el claxon cuando me adelantaban, los muy cerdos. Con el sol se me secaron los vaqueros, ya podía volver a casa. Si hubiera podido ir a otra parte…, pero ¿adónde?, siempre el mismo problema. Ya a la altura del paso a nivel me di cuenta de que no me había puesto las gafas, guardadas en el bolsillo de mi camiseta. Tenía un cristal roto, recordé; la cama, mi resistencia, el desastre. Tendría que afrontar el desastre, ya solo pensé en eso. Entré en el cuarto de estar con las gafas en la mano, mi madre estaba remendando un jersey de mi padre. Enseguida estalló la tormenta y yo me apunté, llorando, declarando que se habían

roto solas; ella se puso a gimotear, nos hacemos viejos antes de tiempo por tu culpa; mi padre echó más leña al fuego, unas gafas nuevas, no hace ni un mes que las tenía, es que parece que lo haga adrede, como no es ella quien las paga, ¿te crees que robamos el dinero que ganamos o qué? Encima habría que volver al oculista. Me aliviaba que se metieran conmigo; cuanto más llorara, mejor, todas aquellas lágrimas me limpiaban; es verdad que a veces los viejos andan pelados a fin de mes, con los plazos, y había que ver cómo había machacado las gafas. De hecho ya se habían olvidado de las gafas; pero si es que lo tiene todo para ser feliz, si dijeras que no nos ocupamos de ella…, pero mierda, voy a ver a los profesores, le compramos todos los libros que necesita para sus estudios… Me parecía que se desviaban del tema de las gafas, pero no replicaba; me sentía fatal, aunque por otra cosa. Mi padre acabó diciendo nos lo reembolsará la Seguridad Social, hay que encontrar la receta, igual ni siquiera tenemos que volver al oculista. Se entreveía una solución. Mi madre se negaba a reconciliarse tan rápido. Mi padre estaba más tranquilo, debía de estar pensando en el coche abollado, culpa suya, eso lo hacía sentirse más cercano a mí. Seguro que no llevaba las gafas puestas; si no, es imposible, continuó, a la señorita le da vergüenza llevarlas puestas, ¿a quién quieres gustar, eh?; temí que se hubiera enterado de todo, nunca he podido ocultarle nada por completo, en eso consiste ser madre, en espiar si duermes, si comes, si te lavas el…, pero no sabía gran cosa, justo una impresión. Tu amiguita, Gabrielle cascabel, seguro que te ha maleado, la he visto con un tipo extraño, greñudo. Mi padre estaba incómodo, con pinta de alelado; ella sabe que solo hay que pensar en los estudios, ¿a que sí, Anne?; casi me lo suplicaba, lo cual quería decir vamos, sé buena, no la líes, tengamos la fiesta en paz. Antes, yo jugaba con él, cantábamos. *Una gallina en un muro que picotea pan duro, picotí, picotá, levanta la cola y se va*, *papá, pipí, popó*. Qué lejos quedaba aquello. Me di cuenta de que mi madre se parecía a mi abuela, tenía la pierna hinchada, se morirá dentro de treinta años y yo me habré hecho mayor, una cadena atroz. Siguió, no se puede estar en misa y repicando, a partir de hoy no te quitaré ojo, a mí no me la das con queso. Imposible replicar cuando estamos tan distanciadas la una de la otra. El mayor crimen de todos, pegar a tu propia madre, yo cerraba los ojos horrorizada a los seis años, segura de que bastaba con que me lo imaginara para que ocurriera. Ahora preferiría que se largara, que se muriera, porque de todas formas ya la había eliminado de mi cabeza. Dejé las gafas sobre la mesa, era la primera vez que tenía el valor de largarme en medio de una bronca. Antes me quedaba clavada en la silla para que me gritaran lo mala que era y todo lo demás. Seguí llorando en mi cuarto; si se llora lo mismo de adulto, entonces ya sé por qué dicen que esto es un valle de lágrimas. Llorar porque se ponen hechos una furia por unas gafas rotas, porque cuestan dinero, cuando es todo lo demás lo que no funciona. Me desnudé y me quedé mirándome frente al espejo; los oía al lado, sus tonterías de siempre, dar cuerda al despertador, el clic de la pera eléctrica. No

me atreví a tocarme, Mathieu había dicho eso es mío ahora, y pensaba en ello sin parar, es como si lo que sucedió después y la vergüenza no hubieran debido existir, es alucinante la fuerza de las palabras. Tenía que tratarse de un malentendido, eso pensaba, porque era demasiado horrible volver a casa y que me machacaran así. Puse la radio muy bajita, sonaba otra vez *Esperaré día y noche*, una canción dulzona, pero me gustaba, me veía bronceada en el espejo, y esa negrura en el centro. Ya los oía dormir, a mi madre al menos, mi padre gritó ¡apaga esa radio de una vez, que no nos dejas dormir! Yo tengo un cuerpo como ella, solo he hecho lo mismo que hacen ellos. ¡Que apagues la luz de una vez, y acuéstate! Cómo no preferir cualquier cosa antes que eso, que esas palabras. Al día siguiente estaba decidida a volver a ver a Mathieu, a hablar con él fuera del campamento. Para hacer de nuevo el amor de verdad y recobrar la confianza de antes. Tal vez fuera una locura, pero me parecía un gran amor, al menos por mi parte; había estado esperándolo, había llegado, luego la ruptura, como en un bello poema. Escuchaba muchos discos, y siempre hablaban de lo mismo, de lo cutre, de lo que se ha ido a la mierda, pero no usan las mismas palabras, por eso nunca parece una mierda. No me digas que nunca te has sobado con una chica, espero que ya le hayas echado la puerta abajo con el ariete, esas cosas no tienen nada que ver con los sentimientos. Salí a la ciudad con mi viejo par de gafas. Me inventé unas compras que hacer, bolígrafos y cuadernos para el inicio de curso. Recorrí las calles donde podría encontrarme con él a ciertas horas, el café donde compraba el tabaco y el periódico. Tres días seguidos, y, a fuerza de hacerlo, ya no sabía muy bien qué andaba buscando. A veces no estaba segura de si realmente me había acostado con él, y me decía en inglés, *to lie*, *to lie*, que también significa mentir. En los escaparates ya había mochilas y jerséis, y todavía hacía un calor seco. Me paraba delante de todas las marañas de motos y me temblaban las piernas cada vez que veía una como la suya. Me equivocaba siempre. Y tenía que llegar rápido a casa para no alarmar a mi madre, sobre todo cuando no trabajaba, habría preferido que currara en una fábrica como antes, qué tranquilidad. Quedarse en casa para cuidar a los niños no es tan bueno como parece, depende de en qué lado se esté. A mí me fastidiaba. Porque había ciertas horas en las que seguro que me habría tropezado con él, por la tarde sobre las seis, pero yo tenía que estar en casa. Veía a mi madre trasteando, planchando, alisando la ropa interior con su mano áspera, parloteando sin parar, que todo esté bien limpio, qué pensarían de nosotros con las cortinas grises; así es, una tiene su orgullo. Creo que dejé de quererla por completo a finales de agosto, cuando el campamento de Le Point du Jour llegaba a su fin, y los monitores se marcharían y yo me quedaría ahí, empezaría el instituto y todo se iría a la porra. Solo vería la taza del váter amarillenta, la humillación. A ella, con sus manos manchadas de salvado y sus uñas cortas; cuando se agacha para limpiar la suciedad de las baldosas, sus piernas se abren y tensan su falda gris, y yo puedo ver cómo se le

marca la faja. Deforme. Me sentí parte de ella, una mujer como las demás, siempre con las mismas conversaciones, las mismas palabras. Pensar que llegué a adorarla de cría, una niña que era yo, qué cosa más incomprensible. Su voz…, los días de comilona me dormía contra su pecho, oía las palabras formándose, retumbando, como si yo hubiera nacido de esa voz. Que se mueran todos, incluso mi padre, ella no. Cuando se asome al abismo del acantilado junto al mar, me desmayaré de horror, ella se dejará caer para castigarme por mi maldad, para demostrar que no me necesita. Y su derecho a dejarme morir si soy demasiado viciosa; no te toques eso, no se lo enseñes nunca a nadie, ¿me oyes? Solo a ella. Lávalo, ponte bragas limpias. Su propiedad. Cuando Alberte empezó a abrirme los ojos, temí que mi madre me dejara morir, nunca conocería los años de la sangre, de los pechos que crecen, de los chicos que te siguen. Mi cuerpo se le escapó sin que ella lo supiera. Que se pusiera enferma habría sido una buena forma de burlar su control; la calle, la calle. Me mimaba, me ponía en su regazo, yo me disfrazaba con su ropa, su olor a comida y a maquillaje, sus bragas, con aquellas manchas secas aparecidas no sé sabe cómo y que olían como la boca de la gata. Siempre empeñada en dormir con ella. Haz pipí, ¿a que tienes ganas?, no te las aguantes, que es malo. Yo pensaba que contenerse era malo de pecado. Por el sitio, por el placer húmedo. Pero ella nunca habló de placer, solo podíamos hablar de orina. Estuve tres días dando vueltas en la casa como un león enjaulado, seguro que iría al centro sobre las seis, aparcaría la moto, entraría en el café Le Commerce, saldría, se metería el periódico por debajo de la camisa. La habría matado. Siempre desconfiando de los chicos, de los hombres, quizá de mi padre también. Cierra la puerta del retrete, haz el favor. Será chuloputas, el viejales del vecino, ¿no ve que aquí hay menores de edad?; si sigue así, llamo a la policía. La única gran falta que nunca podría perdonarme sería que sintiera placer. Afortunadamente, apareció Alberte. Eso no me bastaba, así que la rondaba todo el día para que me contara secretos, rojos y negros como el conejo de las mujeres y la tranca de los hombres pintada en el viejo puente con las palabras de explicación al lado. Me habría gustado que me aliviara de ese peso tan grande, solo pensaba en eso y me ahogaba tener que hacerlo sola. Miré el reloj, las seis y media, se acabó. Menos mal que nunca me contó nada, porque si no luego habríamos tenido nuestras conversaciones y le habría parecido que ponía demasiado interés, que era una viciosa. Las chicas no tienen derecho. La limpieza moral. Se lo digo yo, señora Buron, eso no tiene nada que ver con la riqueza, afortunadamente. Ayer mismo, sin ir más lejos, volvió a soltarlo. Creo que por eso ya no puedo quererla, nunca me explica el mundo como yo lo siento en mí y a mi alrededor. Parece repetir frases hechas. ¿Cuándo empezó a fastidiarme con esas chorradas suyas, el trabajo, la moral, el comodiosmanda? El caso es que cuando era pequeña no prestaba atención a las palabras, los recuerdos de infancia son de cine mudo. Quizá si no hubiera existido Mathieu, nunca me habría dado

cuenta del todo; me habría cabreado, nada más… Demasiado tarde para ella.

El 30 de agosto, salí hacia las cinco y media, mis zapatos no estaban listos hasta esa hora; ya irás mañana; no, quiero ponérmelos mañana; menuda bobada, podrías ponerte el otro par; no van con mi vestido; qué delicada, la señorita; al menos, si quiero ponérmelos, los tendré listos; haz lo que te venga en gana. Y arreando, que es gerundio. Mis conversaciones más largas con ella esconden un propósito detrás; si no, ¿qué sentido tendrían? Su moto delante de Le Commerce, esta vez segurísimo. Me apresuré a entrar en la galería comercial de enfrente, cuyos escaparates servían de espejo a toda la calle, reflejos azulados, un sueño. Pero había unas vendedoras de libros que giraron la cabeza en mi dirección, miré el reloj como si esperara a alguien y pensara pero ¿qué coño está haciendo el tío este? Salió, con el periódico en la mano y el casco. Se subió a la moto, se quedó sentado con los pies en el suelo, se abrochó el casco, echado hacia delante, se bajó la visera y se dio media vuelta hacia mí, sin arrancar. Yo estaba justo en la entrada de la galería. Arrancó, tal vez miraba solo delante de sus narices, puede que a causa del casco, nunca lo sabré. No pareció verme. Me volví a casa abriendo la boca y echando un poco la cabeza hacia atrás, es un truco para que no se me salten las lágrimas, la gente que me viera por la calle pensaría que estaba loca, algo que me da miedo porque me parece que es verdad.

Sobre todo después, cuando volvió al curro en septiembre, mi padre decía no es por nada, pero al final te aburres. Era cierto. Al día siguiente de ver a Mathieu por última vez, me quedé delante de la tele, él estaba leyendo el periódico, las avispas se enganchaban en las cortinas y él las aturdía con el periódico y las quemaba con el mechero. Todo volvía a ser como antes de poner un pie en Le Point du Jour. Por la mañana, ella amontonaba sábanas y mantas en el alféizar de la ventana y sacudía el polvo. Me quedé un buen rato delante de mi café con leche, tomando una rebanada de pan, luego otra, con mucha mantequilla, mientras pensaba en aquel sabor en mi boca. A lo mejor se alegra de verme cada mañana, aunque apenas le diga buenos días; ¿has dormido bien?, había tormenta; no he oído nada. Piensa que pronto iré al insti y el resto le resbala. Porque antes era obrera en una fábrica. Miré a mi alrededor y empezó a parecerme una casa extraña. Me dije que volvería a ver a Mathieu, que me escribiría, que no tenía mi dirección, pero que se la daría Gabrielle, porque Gabrielle le habría dado la suya al Rata, y él conocía al Rata. O que volvería el año que viene a Le Point du Jour. Un año de deberes, gente nueva que conocer en el insti, un abismo. Dentro de dos años, cuando sea mayor de edad, iré a París, daré con él, en la facultad donde esté. Solo pensé una vez en marcharme y buscar un curro; la estación, los andenes, la muchedumbre, ¿y luego qué?, me entró miedo solo de pensarlo, me veía sola con mi maletita en la mano. Así me imaginaba siempre a mi primo Daniel, el bala perdida, porque el mundo no te pertenece y le tienes miedo. Mi madre tendió la ropa blanca fuera, qué día más bueno para secarse. La vecina

también. No podemos escapar. Compraba a escondidas los mismos periódicos que Mathieu, para quedarme al menos con sus ideas, pero es todo demasiado difícil y está tan lejos de lo que vivimos aquí. Ya no leo nada, tampoco libros de la biblioteca, he dejado de ir; no sé, necesitaría que contasen mi historia, y como ni siquiera llega a historia no hay muchas posibilidades de que la lea. Vi un título en el quiosco, *Las ilusiones perdidas*, lo hojeé, ilegible, no debían de ser las mismas ilusiones que tenía yo. Luego probé con una revista para jovencitas, chicas abandonadas en tropel después de haberse acostado con un chico; me pregunté por qué iban a contarle sus historias a aquella buena mujer, la respuesta la conozco de antemano, querida fulanita, olvídalo y blablablá. No es una solución lo que busco, alguien debería explicarme por qué desde julio ha pasado todo lo que ha pasado, por qué ya no soporto nada, cómo vivir ahora, eso no te lo explican en un consultorio sentimental. Una chica lloriqueaba que estaba embarazada; por horrible que sea, cuéntaselo a tu madre, contestaba la buena mujer muy en serio, menuda bromita; me vi reflejada. Menos mal que escapé del desastre, no podía ocurrirme, lo supe una mañana. Algo se iba al mismo tiempo que la sangre, no quedaba nada de Mathieu, limpiado, expulsado por el propio vientre. Melancolía. La regla mide el tiempo mejor que el calendario, con tantos acontecimientos entre dos periodos. Me recordó el pequeño horóscopo secreto que Alberte me garabateó en su día; no sé si lo pillas, el primer día de la regla, miras —estaba muy bien hecho—, tienes una predicción, los días de retraso también cuentan para conocer el futuro. El viernes había escrito *tristeza*; 3 de septiembre, encuentro, dos días de retraso, más tristeza. No era para tirar cohetes, más bien deprimente. Ordené mi cuarto, preparé mis cosas para el comienzo del nuevo curso y empecé a comer mucho, galletas y salchichón todo el día. Por fin llegó la lluvia. En el huerto, el viejo verde estaba siempre al acecho, con la cara retorcida por el vicio, cuando tendía yo la colada. Qué me importa ahora, podría pasearse lo que le viniera en gana, como un gusano. Buenos días, señor. Mi madre me dijo calcula qué vas a necesitar, cuatrocientos francos como mucho, y no cosas que te queden como a un santo dos pistolas. No podemos tirar el dinero por la ventana. Se sorprendió de que esta vez me bajara tanto, siempre supe que hurgaba en mi ropa sucia a escondidas, y en las papeleras. Sangre durante ocho días, y cuando se quedaba a solas conmigo, volvía a preguntarme ¿no estás indispuesta?, qué raro. Me molestó que hablara de ello, la regla es la punta del iceberg, la parte de la que aún podemos hablar ella y yo, pero podría volverse peligroso, bastaría con que dejara de bajarme. El sábado antes de empezar las clases, fueron al supermercado, el coche ya estaba reparado. Volvieron con el maletero lleno. Mi madre limpió el interior del coche; mi padre, el exterior. Todo empezaba de nuevo, la abundancia de los sábados, la limpieza con baldes de agua, la tele con las películas de vaqueros, las canciones. De repente tuve miedo de volverme loca solo con mirarlos. Me llevé la gata a mi cuarto. Mi padre dijo que

pronto tendría gatitos, que incluso debería haberlos tenido ya. Creo que también me aterraba la vuelta a clase, sobre todo porque tenía la cabeza en otro lado.

Por suerte me arreglaron las gafas a tiempo para ponérmelas el primer día. La única persona que conocía en mi clase era Céline. Ese desfile de profesores petulantes, siempre, al principio, me dejó aturdida. Todos sentados en mesas, en filas como en la escuela primaria, me sentí desubicada con las vacaciones aún en la cabeza. Nunca me he encontrado a gusto con los profes, desconfío hasta de los más simpáticos, el primer día por lo menos puedes pasar desapercibida, sus ojos van sobrevolando a todo el mundo, aunque ya había alumnos que intentaban llamar su atención con comentarios inteligentes. También nos pasaron el horario, me dio igual tener la mañana del jueves libre. Hacía sol, miré por las ventanas, no mucho tiempo, las paredes rojas y otras ventanas. Iba a tener que conocer a todas esas personas, sobre todo a las chicas, en las clases de Literatura los tíos no abundan. Había dos o tres que no estaban mal, pero no me veía con ninguno, parecían unos empollones. Encima, en el insti los chicos siempre fingen no interesarse por las chicas. Entre clase y clase, muchos hablaban de sus vacaciones. Sentía que Céline pronto haría amigas nuevas, somos bastante distintas las dos. Pasó un mes en Yugoslavia. Yo me preguntaba hasta dónde habría llegado coqueteando con los pechos así de ceñidos por la blusa; de las otras no sabemos nada. La profesora de Francés nos mandó escribir una redacción para dentro de tres semanas, y por qué no para el año que viene. Antes me encantaba el comienzo del curso, el desorden, las caras nuevas, pero ahora me sentía perdida. El primer miércoles después de la vuelta a clase, no pude evitarlo, volví a Le Point du Jour. El campamento estaba cerrado, imposible distinguir la lucerna, no podía verla desde donde estaba. Caminé por la hierba y vi la mierda negra del perro que estaba enfermo la primera vez que hablamos. Mes y medio. Cuánto tiempo más podía durar. Me alegré de haber ido, aunque creo que no hice bien. Mientras volvía en bicicleta, calculé también que hacía dos meses que había muerto mi abuela. Hace dos meses, ella tampoco sospechaba nada, me la imaginaba leyendo las revistas que le prestábamos y el semanal cristiano *Le Pèlerin*; en su desván, racimos de alubias colgadas boca abajo se resquebrajaban cuando me deslizaba por debajo. Pero ella era vieja y yo no.

Me encontré con uno de los chicos de las motocicletas, los amigos de Gabrielle del pasado julio. No sabía si parar, daba vueltas en círculo, yo lo esperé en el bordillo. Tenía ganas de ver a alguien de antes de Mathieu, el campamento y lo demás. Una señal, en suma. Era como si aún tuviera las vacaciones por delante y todo volviera a empezar. Se llamaba Michel y tenía dieciocho años. Lo que no tenía era conversación. Como trabajaba en un garaje, no había muchos temas en común para alargar la entrada en materia y así olvidar la verdadera finalidad. La amistad chico-chica es imposible, o, en todo caso, después. Así que quedamos para el jueves por la mañana, se las arreglaría para acudir. Yo también,

porque a los viejos puedes engañarlos si quieres, solo que es agotador; me pregunté si valdría la pena mientras le miraba las mejillas, demasiado blancas. Únicamente para no perder el ritmo. Cuando me desperté el jueves, la perspectiva de encontrarme con él me dio pereza. Me gusta estar en la cama, sentir las sábanas frías junto a la cara y tibias por dentro, el camisón subido hasta la cintura; para acordarme, abrí las piernas, pero me entraron ganas de llorar antes de empezar. Estaba en la calle de al lado del insti, bastante lejos de la puerta principal, los chicos de clase y yo no tenemos nada en común, bah. Me puso la moto entre las piernas para hacer unas risas y luego se quedó dando saltitos en el sillín, levantando la rueda delantera de vez en cuando; me resultó bastante violento, porque me miraba de una forma rara; como me fijé en su vaquero en el sillín, ya sabía a qué atenerme. Fuimos a un bar y jugó al flipper, moviendo las caderas hacia la máquina de luces parpadeantes. Se repantingó a mi lado y empezó a rebuscar en mi bolsa de lona. Sacó las gafas y yo solté un grito —como vuelva con otro par roto, voy directa al reformatorio—, y luego unos libros de texto, los hojeó haciendo muecas. Después se puso triste de repente, cerró los ojos, no sabes cuánto me cabrea todo. Intenté averiguar por qué, aunque ya tenía yo bastante con lo mío como para ocuparme de lo suyo. Era confuso: los padres, el curro…, no paraba de repetir todo es una mierda. Puede que tuviéramos puntos en común, pero a nivel comunicativo la cosa no iba muy lejos; le pregunté si le interesaba la política; ¿qué periódicos lees?; oye, tía, no querrás tocarme los huevos, ¿verdad?; no le gustó que le hablara de cosas que no sabía, yo repetía lo que Mathieu me había explicado, pero él no estaba al loro de nada. Me di cuenta de que a los chicos no les gusta que les demos lecciones. Yo me había fijado en algunos edificios en construcción, por si podían servir. Hacía bastante fresco. Mi padre refunfuña diciendo que mi madre tiene los pies helados y que ni se le ocurra pegárselos. Señal de otoño y de frío. Yo llevaba mi jersey gordo encima de otro más fino y unos vaqueros de terciopelo. No sabía qué decir; ¿sabes?, mi abuela murió quince días después de que volviera a ver a Gabrielle. Se quedó perplejo. ¿Y de qué?; de nada, de repente; pues vaya. Siempre me ha agobiado el tiempo, y aquel día no era una excepción, solo me quedaba una hora. Él no paraba de resoplar y me resultaba desagradable, no soltaba prenda, no decía cosas guarras ni cariñosas, pero parecía feliz y era tierno. Según los padres, irse con el primero que pasa era exactamente eso; no sabía ni su apellido, solo el taller donde trabajaba. Pensé seguro que es porque voy muy vestida, no sentía nada. Sus manos en mi cuello estaban frías, y además había mucha corriente de aire en aquella especie de habitación a medio construir donde nos habíamos metido. Se deslizó por debajo del gran jersey y fue lo mismo, me entraban ganas de apartarle las manos, pero lo que más me echaba para atrás eran sus ojos cerrados. Podía sentirlo, el sexo, debo decir la palabra genérica, sí, era la adecuada para esa vez. Me entraron ganas de vomitar, pensaba en el hueco que tenía dentro y era como

si se cerrara desde muy arriba, desde lo alto del estómago. Eran los mismos vaqueros que llevaba en el campamento de verano, la última vez. Pensé en el consultorio sentimental, en qué hacer cuando no te apetece nada, si no quieres. ¿Cómo que no quieres?, ¿qué me dices?, lo hacen todas las chicas, imagina que eres una enfermera. Me estaba dando cada vez más asco, así que me aparté. Tengo que volver, mi madre me va a someter a otro interrogatorio. Él se puso hecho un basilisco, me daba exactamente igual, incluso creo que me alegré. Me bajé el jersey y me arreglé el pelo. Tocar sin placer es la solución, pues ya está. Volvimos a la carretera, cogidos de la mano, y como no quería volver a verlo, mejor despedirnos educadamente. En el camino de vuelta saqué mi agenda secreta, escribí Michel debajo de Yan y Mathieu, con la fecha, jueves 22 de septiembre. El sábado, cuando llegué del insti, mi madre me dijo ¿has visto en el periódico quién se ha casado?, Alberte Retout, tú jugabas con ella en la Rue Césarine. Hasta ella se casaba, se la veía en la foto, con un vestido largo, irreconocible. Mi padre preguntó ¿con quién?; con un joven del ferrocarril, pero trabaja en las oficinas, ha tenido buen ojo. Parecían satisfechos, como cuando piensan que todo va como la seda, que nada podría ser de otro modo, que todo está en orden. Me dio un bajón tremendo cuando vi a Alberte, otra a la que no me gustaría parecerme, y, sin embargo, nos divertíamos juntas, ¿quién aguantaría más tiempo haciéndose la muerta tumbada en la hierba, patas arriba?, y además, oye, me enseñarás las toallitas llenas de sangre, no te eches atrás, ¿eh?, y cumplió su palabra. Lo del viejo verde, lo del vecino, no nos lo esperábamos, solo llevábamos ocho días viviendo en la casa, tal vez por eso lo creyó posible, los sátiros se hacen muchas ilusiones, justo delante de nosotras en medio de su huerto; no tenemos miedo, decía Alberte, toda chula. Yo pensé que era una máquina de fotos, tenía las manos en los bolsillos y tiraba de las perneras del pantalón. Ella gritaba ¡lo denunciaré a la policía, ya verá! Ven, Anne, no te pongas las gafas, mejor así. Alberte, que quería ser azafata; me llamaré Cendra, decía. Sudaba tinta en la escuela, pero salió adelante, las cosas como son; taquígrafa, se ganará bien la vida, y su marido en el ferrocarril; estábamos comiendo la ensalada, ellos se pusieron a recapitular. Si es la misma Alberte, se reía ella, que decía cuando tenga hijos, los tiraré por el retrete, ¿quién la ha hecho cambiar, entonces? Mi padre vociferó ¡bueno, ¿no tienes nada que decir, que llevas toda la cena sin hablar?! En clase, cada vez me costaba más escuchar; al principio, todo me parecía fácil, cosas que ya recordaba del año pasado y yo era una buena alumna antes de las vacaciones. Saqué mala nota en Matemáticas. Por suerte, mis padres no se enterarían hasta el final del trimestre. En clase de Física miraba al profesor, tan frío e inteligente, y yo tan pesada, con los muslos pegados al bajo de la mesa como una babosa. Hay un cuento así, unos tipos ofrecen a un rey unos metros de tela y nadie, nadie ve ni por asomo la maldita tela, pero todos la admiran. Yo era como esos paletos de antaño, peor, creo que soy la única que

no ve nada de lo que nos ofrecen los profes. Cuando los miro, qué los mueve, a Céline, a los otros, ¿por qué quieren hacer preguntas?, y los profes, voy y te atosigo y te pido la presentación para tal día; sí, señora. Yo también tomo apuntes porque, si no, te calan; cuando los leo, me parecen auténticos jeroglíficos. Voy apañada, como dicen en mi familia, hay que tener buen coco para seguir el ritmo. En el fondo, yo era la primera asombrada por haber conseguido aguantar el tirón hasta ahora, pensaba hacer FP como Alberte. Durante mucho tiempo creí que no podía ser tan inteligente como Céline debido a mi origen humilde. Tenía razón, la prueba es que no pintaba bien eso de llegar a ser maestra, al principio quería ser asistenta social, se lo dije a mis padres y mi madre me contestó que eso no era para mí, ir a meter las narices en los tugurios, con gente de todo tipo, con indigentes, no te veo. Me contemplo a las ocho de la mañana, en el aula, como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera diferencia entre nosotros, solo la inteligencia, la llamita invisible, como si no hubiera ningún cuerpo en la clase, como si el mío no estuviera subiéndose por las paredes. Volví del insti con Céline, hablando apenas, con la mirada clavada en la carretera. Antes era peor alumna que yo, pero sin complicaciones, una masa lenta y morena. No debe de tener problemas en casa. Su piso será parecido al del oftalmólogo: amplio, soleado, magnífico. Me pregunto si sus padres le sueltan los mismos rollos que los míos sobre el trabajo, la conducta y todo lo demás… He intentado averiguarlo, sí, quieren que Céline termine el bachillerato, naturalmente, y que luego estudie una carrera, pero les parece tan obvio que no le van con el cuento una y otra vez como hacen los míos. Estoy hasta la coronilla de mis viejos, siempre con ese miedo a que no lo consiga. Cada vez trago menos a Céline. Mientras caminaba a su lado me he sentido superior a ella de repente —antes del verano nunca lo habría pensado— porque conozco muchas cosas que ella no conoce, como el trabajo cutre de mis padres, los finales de mes sin blanca y las vacaciones sin nada que hacer. Pero no debe tratarse realmente de una superioridad porque no me atrevería a contárselo a Céline.

Ni tampoco lo que empezó a pasar a principios de octubre. Ver la sangre siempre me ponía supercontenta, no hace falta pelearse como los chicos para que fluya, tranquilamente, sin violencia, todos los meses. Esta vez se retrasaba. Un domingo especialmente caluroso fuimos a casa de tía Élise, y ella le preguntó a mi padre ¿cuándo vas a casar a tu hija? Tiene tiempo por delante. Mi madre añadió los estudios antes que nada, no se puede estar en misa y repicando. Sonreí amablemente durante la conversación, el hecho de que ya no quiera a mi madre no significa que tenga que dejarla en evidencia delante de todo el mundo. Ellos también sonreían, satisfechos de que, al menos de momento, se entendiera la incompatibilidad entre estar en misa y repicando. Y fue justo después, mientras se comían el plato nadando en salsa, cuando volvieron a hablar de mi tía Monique, que seguía tan casquivana como siempre, y de Daniel. Por mucho que se diga, si

uno es echado para delante, encuentra trabajo, pero un bala perdida… Tenía la impresión de que no vería nada este mes y puede que ni los siguientes, que me había dejado de bajar sin motivo. Todos charlaban sin parar, me ponían la cabeza como un bombo con su cháchara, notaba una gran sombra descendiendo sobre mí como las noches que jugábamos en la Rue Césarine, el espacio se estrechaba, no era más grande que el culo de un vaso sobre la mesa. Para qué quiero que me venga la regla. Mi tía dijo se te ha comido la lengua el gato, Anne, antes eras más habladora. Es más bien su lengua la que ya no hablo. Todo en mí es como un caos, no pega nada con lo que ellos dicen. Lo que decía Mathieu, sí, me lo parecía, pero es mejor no pensar en él, tengo miedo de volverme tarumba. Por la noche, ella me echó en cara que comía demasiado, qué va a pensar la gente de ti, siempre tienes que levantarte de la mesa con hambre. Estábamos cenando en casa y ella recogió las migas y las echó en su plato, reluciente de tan limpio como lo había dejado. Mi padre ya estaba delante del televisor viendo una película; oye, ¿todavía no te ha bajado este mes?; pues no; ¿y de qué te vienen esos desarreglos? Todos los días después de aquello siguió preguntándome, sin una sonrisa, sin una palabra amable. Delante de mi padre cambiaba de tema. Seguro que ella tampoco me quería ya.

Sabía que el sábado siguiente me llevaría a rastras a la consulta de Pitilín porque estaba obsesionada con eso. Yo no tenía miedo de nada, aunque siempre me quedaba una pequeña duda, contábamos tantas historias increíbles Alberte y yo…, que podías tener un bebé con solo tocarte, y los periódicos decían que el embarazo no necesariamente detenía la regla. En la sala de espera no leyó ni una sola revista de las que había sobre la mesa. Hace frío en la consulta del doctor Louvel, no es muy ostentosa, únicamente hay un armario labrado algo desgastado, dicen que vale un potosí, en casa solo nos gustan las cosas nuevas. Ella tenía los pies hacia dentro, las manos encima del bolso como en el oculista; evidentemente, otra cosa más que hace por mi bien. Que no se tuerza nada, que haya orden, puede que también ella crea en la armonía, no tanto por ella, la pobre, como por mí. De repente me asaltó una imagen de mi madre en Veules-les-Roses con la tía Monique y Daniel, yo tenía siete años, ella llevaba un vestido de flores rojas, se reía a carcajadas, cogíamos mejillones en los charcos de arena. Se rio tanto que tuvo que lavarse las bragas en el mar, por culpa del pis. En un café de la playa, ellas toman aperitivos y nosotros comemos pasteles, *religieuses*, que Daniel va a buscar a la pastelería de al lado. Ellas se desternillan, y las bebidas destellan. Esta imagen dista mucho de las palabras y los principios que tiene ahora: no hay que dar la nota, hay que trabajar como mulas, no somos ricos pero sí personas decentes. ¿Qué sabe ella de la gente bien, aparte de los hogares cuyo interior atisbaba desde fuera, de los salones que veía en la tele o de las niñas pijas que pasaban por delante de casa los domingos en sus caballos y, tocotó, el culo dando saltitos, sin mirar a nadie bajo su estúpida gorra? Céline monta a caballo.

Un sinfín de prohibiciones para que yo llegue a algo que ella ni siquiera conoce. Quizá sea igual en todas las familias pobretonas. Y seguro que las otras madres son aún peores. Me encantaría que continuara siendo el peso infinito de carne con vestido rojo de aquel día que se reía y me dejaba hacer de todo. Louvel abrió la puerta. Pegó su cabeza rosada a mi pecho, luego palpó mi vientre con la mirada perdida, ella esperaba que el misterio ascendiera hasta sus dedos, averiguar por fin por qué ya no me bajaba; desde que nací, siempre se lo contó todo sobre mi cuerpo. Yo le miraba la cabeza, que me parecía más pequeña que antaño; para auscultarme hace contorsiones en su silla. Si él le hubiera preguntado lo único que realmente le interesaba a ella, si era virgen, tiene usted derecho a comprobarlo, pero ni siquiera eso será capaz de contestarle, tendría que encargarse él, saber interpretar la mirada fija de mi madre. Se mostró prudente, tal vez no quería problemas. Simple amenorrea, querida señora, muy común en las jovencitas, unas pastillas y todo volverá a su cauce. Ella no entendió bien la palabra, él se la tradujo y ella no pareció aliviada; pero bueno, ¿y por qué le ha pasado, doctor? Problemas, los estudios…, está en la edad típica en que se agobian por todo, ya sabe. Iba de listillo, el doctor, la crisis de la adolescencia, metiendo a todo el mundo en el mismo saco; habría preferido que no le explicara nada a mi madre, ella iba a creerlo a pies juntillas, claro. Le pagó con menos rapidez que al oculista, y tuve la impresión de que estaba confusa, a pesar de todo, que algo de mí se le escapaba. Como sigas así, iremos a ver a un especialista si hace falta, no te dejaré en este estado, tienes que volver a ser normal. No se lo diremos a tu padre, se preocuparía. Solo lo sabrían el médico y ella. En el camino de vuelta no cruzamos una palabra.

Ya me he tomado una caja de pastillas sin ningún efecto. Cada vez voy peor en el instituto. He criticado al profe de Física en casa, ellos no están de acuerdo; tu profesor sabe bastante más que tú. Así que sigo prefiriendo mi cuarto, los libros para fardar ya no me interesan, la vecina tiende menos la colada debido al frío. Me gusta quedarme en el centro después de clase, pero solo es posible cuando mi madre está en La Petite Vitesse. Allí siempre hay chicos que se parecen a Mathieu, con el pelo largo y rubio y una moto. Me echo a correr, se dan la vuelta, me paro; si al menos supieran que se parecen a él, podríamos entendernos, los seguiría solo por el parecido. Pero en realidad no son como él, se creen que voy detrás de ellos. Pensé en un libro que estudiamos en el cole, *El gran Meaulnes*, un buscador; en los libros siempre son los chicos los que vagan con la nariz al viento; quizá la gran Meaulnesa…, no me gustó. No quiero volver a ver a Michel. Me gusta fumar, el problema es conseguir la pasta. Pedí un aumento de la paga de los domingos, mi padre se mosqueó, ¿qué haces con el dinero?, a ver si empiezas pronto a ganarte la vida, así te darás cuenta del valor de las cosas. Sería mejor que nos lo enseñaran antes, sería más útil. En clase el mundo parece más luminoso, más remoto. Me pregunto si he vivido esas vacaciones, si me he

acostado con Mathieu y luego un poco con Yan y Michel; la diferencia entre el sí y el no me parece minúscula, tal vez porque estoy en quinto de bachillerato, como corresponde, y la profe dice que debemos entregar el próximo trabajo dentro de ocho días, la misma fecha para todos; cuando a tu alrededor todo parece estar parado, pierdes la noción del tiempo. Preferiría estar majara, que se ocuparan de mí, sobando todo el tiempo, que me trajeran la comida en una bandeja, rodeada de montañas bonitas como en las fotos de los sanatorios y escuchando discos sin mover un dedo en todo el día. O la revolución de Mathieu, no por quedarme con cosas, sino por las habitaciones, las camas grandes, o viajar, pobreza total para entrar en contacto con la naturaleza, como se contaba en los libros que leía una y otra vez de niña, donde se dejaba tirados a los padres desde las primeras páginas. Es fácil de entender. Son los que te atontan, por su culpa no tendré valor para largarme, por su culpa intentaré no volverme loca. Pensar que hasta los cinco años creí que compraban a los niños…; al final, habría sido más sensato, si lo piensas, toda la infancia y la juventud habrían sido un mero trámite a la espera de devolverles el dinero, pero así estamos pillados. Quizá Mathieu se equivocaba; no hay condición social primero, solo padres.

La gata se acostó una mañana en la cama aún sin hacer de mis padres, con la tripa a punto de estallar. Dejó de lamerse y de beber. Cuando volví del insti, mi madre me dijo enseguida está muerta. Quise verla, pero ya la había enterrado en el jardín. Qué quieres, le había llegado la hora, es como a la gente. Me entraron unas ganas horribles y punzantes de llorar delante de ella. Recordé que el pasado mes de marzo la gata aún se revolcaba en la tierra removida mientras yo repasaba Mates. Quedaba lejos. Mi madre me dijo que la puso encima de la almohada en mi cuarto para hacer la cama, no se puede dejar la cama deshecha un día entero, se murió después, habrá que cambiar la funda. Había una mancha rosa en los bordes, amarilla en el centro, debió de mearse encima justo antes de morir; pis y sangre, ese es el último recuerdo que tendré de ella. Era normal, tenía que llegar el día en que la gata muriera y yo siguiera viviendo. Como mi abuela. Volví a recordar a los gatitos que mi padre enterraba, todos negros y calientes, mientras ella chillaba en casa, encerrada. Una vez los desenterré, en la Rue Césarine, estaban cubiertos de tierra. Fui feliz durante cinco minutos, luego llegó él y me dio tal bofetada que me caí rodando y solté a los gatitos. Los recogió como si fueran repollos, los volvió a meter en el agujero y pisoteó la tierra, sus ojos no se abrirían nunca. El cabreo les duró toda la tarde, que si estaba como un cencerro, que si voy a decirle a la maestra que te castigue y verás lo que es bueno. Sigo sin entenderlo. Se fueron los dos al supermercado, su salida semanal, con las cajas preparadas para meter la compra, el talonario, el coche reluciente… Solo faltan dos días para la entrega del trabajo. La feria de octubre ha empezado, por san Lucas, qué se me ha perdido ahí, no hay más que Michels a porrillo alrededor de los autos de choque. Ayer me dijo me entran ganas de prohibirte ir al cine y a la

feria hasta que no te baje. Se puso colorada, como si se le hubiera escapado aquel mal pensamiento. Extendí el periódico *France Soir* sobre la mesa del cuarto de estar, para proteger el barniz. Hace demasiado frío en mi habitación con esta lluvia. No tengo nada que decir sobre el tema que ha dado la profe. Solo caos. Si me dejara llevar, si fuera libre, hablaría de sangre y de gritos, y también del vestido rojo y de los vaqueros, nadie se hace una idea de lo importante que es la ropa en las grandes ocasiones, y de las comidas en la cocina, y él diciendo lo que han de comer los gusanos que lo disfruten los humanos, y ella estirando las piernas, cansada; parece que estén apretando un nudo a mi alrededor. No tendría sentido seguir, me perdería en los detalles como mis padres y sus historias, siempre dándole vueltas a lo mismo, no hay salida. Mi padre nos contó a la hora de comer que agarraron a Daniel saliendo de un baile, otra pelea, nunca hará nada de provecho. Pero parecían tristes mientras comían. Puede que acabe como él si no me esfuerzo en el insti. Ahora tengo miedo de todo, algo muy vago, un nubarrón en el corazón. Nunca terminaré la redacción, la profe me pondrá un cero. Es ella quien dice, cuando le da, cambiar la vida, hay que cambiar la vida. Entonces, ¿qué demonios hace ahí?

Octubre de 1976

TÍTULOS DE ANNIE ERNAUX
EN CABARET VOLTAIRE

56. ANNIE ERNAUX *La mujer helada*
60. ANNIE ERNAUX *Memoria de chica*
63. ANNIE ERNAUX *«No he salido de mi noche»*
70. ANNIE ERNAUX *El uso de la foto*
77. ANNIE ERNAUX *Los años*
83. ANNIE ERNAUX *Una mujer*
88. ANNIE ERNAUX *Mira las luces, amor mío*
90. ANNIE ERNAUX *Perderse*
95. ANNIE ERNAUX *Los armarios vacíos*
98. ANNIE ERNAUX *La ocupación*
99. ANNIE ERNAUX *El hombre joven*
105. ANNIE ERNAUX *La escritura como un cuchillo*
107. ANNIE ERNAUX *La otra hija*
111. ANNIE ERNAUX *Lo que ellos dicen o nada*

LO QUE ELLOS DICEN O NADA
DE ANNIE ERNAUX

EDITORIAL CABARET VOLTAIRE
ESTA PRIMERA EDICIÓN SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
MAYO 2024 EN MADRID POR
COFÁS ARTES GRÁFICAS